



Ready or not,
he's here to collect...

BAYOU **BRUISER**

JESSA KANE

BAYOU BRUISER

Sotelo, gracias K. Cross

JESSA KANE

Sotelo, gracias K. Cross

Vino a cobrar una deuda de juego y en su lugar se fue con un ángel.

Benny "Beat Down" O'Casey es conocido en el pantano por su brutalidad. Un hombre paga lo que debe o se enfrenta a la ira de Benny. Pero cuando una de las posibles víctimas de Benny le ruega que acepte a su hija, Fawn, como garantía, a Benny le resulta imposible dejar atrás a la bella, cuyo corazón queda inmediatamente cautivado por su dulce espíritu. Pero, ¿podrá un ángel delicado como ella amar a un ogro grande y violento con un pasado terrible?

Capítulo 1

BENNY

Otro día, otro golpe.

De hecho, ese es mi apodo. Benny “Beat Down” O'Casey.

Llevo tanto tiempo repartiendo conmociones cerebrales y enviando hombres a la sala de urgencias que he olvidado cómo era la vida antes. Si no pagan sus deudas a mi jefe, llamo a la puerta de algunos de sus dientes en el suelo y recojo promesas de pago pronto, o de lo contrario.

Odio cuando no cumplen esas promesas.

Ocurre más a menudo de lo que me gustaría recordar.

Estos hombres que merecen una visita... es porque no pueden dejar de apostar. Es una compulsión. Una enfermedad. No importa lo mucho que afecte a su vida, a su familia, está en su sangre. Hay un demonio en su hombro que les susurra al oído que la próxima vez, la próxima vez lo ganarán todo. Pero no lo hacen. Pierden el dinero de Frank y es entonces cuando aparezco en su puerta, obligado a cobrar una libra de carne en lugar de dinero en efectivo.

La víctima de hoy vive en el pantano. Tan profundo en el calor pantanoso y el agua turbia que tengo que tomar un barco. Uno de mis socios, Grim, nos conduce a través de remansos infestados de cocodrilos y árboles bajos, golpeando a los mosquitos en su cuello. A mí también me pican, pero no me molesto en espantarlos porque no siento las picaduras. Ya no siento nada. Es una necesidad en este trabajo. Ser frío, despiadado y duro de corazón. Para no dejarme llevar por las súplicas de los hombres desesperados, he tenido que refugiarme en una parte menos humana de mi mente y quedarme ahí, permitiendo que me envíen al siguiente trabajo. El siguiente.

Más sangre, más gritos, más huesos rotos.

Sotelo, gracias K. Cross

Nos detenemos en una cabaña de madera enclavada entre los árboles. El humo sale de la chimenea y las botellas de licor vacías decoran el patio delantero, si es que se puede llamar así. La mayor parte de la casa está rodeada de barro y basura. Los aleros sobre el porche cuelgan, listos para caer en cualquier momento. Una ventana del piso superior está rota.

Suspirando, me levanto con cuidado y me preparo para salir del bote. Sin embargo, es más fácil decirlo que hacerlo, teniendo en cuenta que mido 1,80 metros. Grim me observa nervioso y lo miro fijamente hasta que se da la vuelta. Solo entonces lanzo un pie hacia la orilla del pantano, el barco se tambalea y cruje siniestramente debajo de mí. De alguna manera, consigo mantener el equilibrio y llegar a la orilla sin que la gravedad actúe en mi contra.

Verás, estaba destinado a este trabajo el día en que mi madre me dio a luz, un bebé de catorce libras. Un niño feo como el pecado que ella no podía soportar mirar más allá de mi decimoquinto cumpleaños. Fue entonces cuando dejé mi casa y fui a trabajar para Frank, un hombre que tenía uso para alguien como yo, a diferencia de todos los demás. Soy valioso para un hombre cuya profesión es prestar dinero y matar a quien no lo devuelve. Mis brazos carnosos y mi pecho de barril son un activo para él.

Como lo serán hoy.

Dejo escapar otro suspiro y subo los escalones del porche, levantando la mano para llamar a la puerta antes de que pueda disuadirme de hacerlo. *Es solo un trabajo. No pienses en ello.*

El frío se cierne sobre mis extremidades como una armadura. Unos pasos al otro lado de la puerta indican que se acerca mi víctima. Mentalmente, me obligo a comprobarlo. El único momento en el que estoy presente y mínimamente feliz es cuando estoy con mis animales. ¿Pero esto? Es solo un trabajo que necesita ser manejado. Y no tengo más remedio que hacer que este hombre se arrepienta de haber aceptado un préstamo de veinte mil dólares de Frank y de haberlo apostado todo en peleas de gallos y carreras de caballos.

La puerta se abre lentamente y ahí está. El olor del miedo. Es penetrante y asqueroso, como el resto de la casa detrás de mi víctima, así que definitivamente no tiene el dinero de Frank, aunque debía

Sotelo, gracias K. Cross

devolverlo hoy, con intereses. La boca de la víctima se mueve, pero no escucho nada. No necesito oírlo suplicar. Todos los ruegos suenan igual.

Promesas vacías, disculpas, *por favor, por favor, por favor.*

Lo cojo por el cuello y lo tiro por la habitación. Su cuerpo escuálido y sudoroso choca contra la pared y cae al suelo como un saco de harina, llorando. Balbuceando. Pidiendo clemencia.

No hay ninguna.

En el primer año de este trabajo, estuve tentado cada vez de dar a mi víctima el beneficio de la duda. Los hombres cometen errores. Los hombres pueden ser redimidos. Eso es lo que me habían enseñado en la iglesia cada domingo mientras crecía en Baton Rouge. Pero después de dar un pase a dos víctimas, confiando en que tendrían el dinero la semana siguiente, aprendí rápidamente que algunos hombres no pueden cambiar. Especialmente cuando están en las garras de una adicción al juego y no hay nadie que les ayude. En el bayou, donde reside mucha gente pobre, la tentación de apostar está en todas partes. Con tan poco en el bolsillo de un hombre, bien podría intentar doblarlo. Triplicarlo.

Es un ciclo interminable y nunca hay un ganador. No por mucho tiempo.

—Por favor. — La voz del hombre rompe momentáneamente mi escudo. —Por favor, solo necesito una semana más, Beat Down. Lo juro por Dios, voy a recibir algo de dinero de una... una... mi abuela. Ella falleció, que Dios la tenga en su gloria. Estoy esperando la herencia.

—Pura mierda. — digo, abriendo uno de los cajones de la cocina. Seleccionando un cuchillo de la colección de toscos utensilios. —Nadie en su sano juicio te dejaría un céntimo.

—Oh, vamos. Por favor. — Comienza a llorar en serio, el acre aroma del miedo casi hace que mis ojos lloren ahora. — ¿Qué tal una garantía? Tengo ese barco en el frente. Podrías pedirle a Frank que lo guarde hasta que suba los veinte mil.

—Es una buena oferta. Pero ese barco no vale una mierda y tú tampoco. — Volteo el cuchillo en mis manos, dejando que el

Sotelo, gracias K. Cross

entumecimiento me robe. Es solo un trabajo. No sirvo para nada más. Cuando Dios me hizo así de enorme y corpulento y horripilante, esto es lo que tenía pensado para mí. Soy el músculo. Soy lo último que muchos hombres ven antes de dar su último aliento y es todo lo que seré. —Si Frank empezara a hacer excepciones, perdería el respeto en la parroquia y tú lo sabes muy bien. Es hora de pagar de la única manera que puedes.

—Llévate a mi hija. — suelta mi víctima, levantando las manos para protegerse la cara.

Mi cuchillo se detiene en el medio de cortar el aire en un arco hacia abajo.

—Está en el sótano. Por favor. — grita el hombre. —Llévatela hasta que pueda devolver el dinero. Lo tendré en una semana. Lo juro por Dios. ¿Sacrificaría a mi propia hija si no fuera en serio lo que estoy diciendo?

Hija.

En el sótano.

No sabía que este hombre tuviera familia. Esta información es solo una distracción y debo continuar con mi tarea de acabar con su patética vida. Cuando me demoro demasiado en un trabajo, la violencia empieza a carcomerme. *Acaba de una vez.*

—Es una basura, como lo era su madre. — Con una mirada venenosa, mi víctima escupe en el suelo delante de él. —Hay que mantenerla abajo o se iría con el primer hombre que viera. Una maldición, eso es lo que es. No puedo permitir que salga de la casa con el aspecto que tiene o acabaría embarazada. Ya es bastante difícil alimentar dos bocas, y más aún a tres.

—Es tan bonita, ¿verdad?— pregunta Grim, escéptico. Aunque, es fácil ver que su interés ha sido despertado. — ¿Tal vez deberíamos al menos echar un vistazo, Beat Down?

—No. Terminemos esto y vayámonos.

Pero no hago ningún movimiento para levantar el cuchillo de nuevo. ¿Qué quiere decir mi víctima cuando dice que tiene que “mantenerla abajo”? ¿Está encerrada o algo así? Mi estómago se

Sotelo, gracias K. Cross

revuelve ante esa posibilidad. Una cosa es herir a los hombres que hacen promesas que no pueden cumplir y que se meten en problemas. Una mujer que no ha robado nada a Frank no merece ningún castigo. Si mato a su padre y me voy de aquí... y ella está, de hecho, atrapada en el sótano, podría morir de hambre. Aparentemente no estoy lo suficientemente insensible como para dejar que eso suceda.

—Quédate aquí. — le gruño a Grim, empujando el cuchillo en su mano.

—Avísame si merece la pena echarle un vistazo. — dice mi socio detrás de mí mientras me dirijo a grandes zancadas a la parte trasera de la choza, abriendo de golpe dos puertas antes de encontrar las escaleras que llevan al sótano. Me agacho bajo el marco y desciendo a la casi oscuridad, la escalera gime en protesta por mi peso. — ¿Hola?— Retumbo. — ¿Hay alguien aquí abajo?

Hay un sonido de raspado y luego un tímido —Sí.

Esa voz susurrante, esa única palabra, se clava directamente en mi pecho. El aire se aprieta a mí alrededor, agarrotando mis músculos y puedo oír mi pulso disparándose, retumbando en mis oídos. ¿Me han drogado? ¿Qué está pasando aquí? Mis pies se mueven solos, llevándome por el resto de la escalera, ansiosos por encontrar a la dueña de esa voz. No he ido a la iglesia desde que era un niño, pero esa palabra -sí- era como las notas iniciales de “Amazing Grace”. Estoy lleno de anticipación. Y de hambre. Se me está poniendo dura y aún no la he visto.

— ¿Dónde estás?

—En la esquina. — Un traqueteo de cadenas. El sonido es como el de unas manos rodeando mi garganta. — ¿Pue-puede dejarme salir, por favor, señor? La llave está colgada de un clavo junto a la caldera.

Mi visión se duplica gracias a la enorme cantidad de sangre que llega a mi polla. Me avergüenzo de mí mismo. Acabo de encontrar a una mujer -joven, por lo que parece- encadenada en un sótano y estoy excitado. Esto nunca me pasa. No me permito estar erecto por las mujeres. Si alguna vez hay una cerca, en la tienda o en la calle, mantengo la mirada en el suelo para no asustarlas. No miro al sexo opuesto. Nunca. No tiene sentido desear algo que nunca podré tener como un gran y feo hijo de puta.

Sotelo, gracias K. Cross

Pero esta chica... de alguna manera sé que si nos cruzáramos en la ciudad, miraría. Caería de rodillas y miraría. Le rogaría que hablara, para poder escuchar su voz.

Con el aliento entrecortado en mis pulmones, deslizo la llave de su clavo y atravieso el sótano en penumbra, con el corazón palpitando con más insistencia cuanto más me acerco. Necesitando desesperadamente ver su rostro, saco mi teléfono del bolsillo y abro la linterna, dejando que el haz de luz la ilumine lentamente.

En cuanto veo su cara, suelto el teléfono.

No.

Jesús. Es imposible que sea real.

Es nada menos que un ángel. Delicada, pelo del color de la luz del sol, ojos dorados. No, toda ella es dorada. Brillante y suave y joven. Oh Dios, tan joven. No tiene más de dieciocho o diecinueve años si no me equivoco. ¿Qué diablos voy a hacer?

De vez en cuando, la presión en mis bolas se vuelve demasiado intensa y tengo que golpearme en la ducha de mi apartamento. Nunca me imagino nada ni a nadie. No lo necesito. Un par de golpes de mi puño sobredimensionado y mi gasto sale a borbotones por todas partes, la miseria de mi estómago finalmente se calma de una manera que vale la pena el desastre que tengo que limpiar.

A partir de hoy, no veré nada más que su boca.

Pensar en esos labios picados por las abejas puede atormentarme tan a menudo que no podré salir de casa ni dormir ni hacer mi trabajo. Tengo el vergonzoso deseo de bajar la cremallera de mis pantalones y frotar mi dura polla de lado a lado contra esa boca. De ver cómo la leche blanca sale y gotea de su lengua.

— ¿Por favor, señor? ¿Puede abrir los grilletes?

Mi Dios, ¿cuánto tiempo he estado aquí de pie, estupefacto por un pequeño vistazo a su cara?

Horrorizado conmigo mismo, busco a tientas la llave y me arrodillo buscando el grillete. Por el camino, mis manos rozan sus suaves piernas y empiezo a jadear. Soy un hombre malo. Soy una pesadilla para mucha gente. Pero no soy un hombre que tira a una

Sotelo, gracias K. Cross

joven de espaldas en un sótano mugriento y la monta sin permiso. No, eso me llevaría a la línea de lo irredimible a lo monstruoso. Si está encerrada en el sótano con mi víctima como padre, ha pasado por momentos terribles. Terribles. No voy a ser otro para ella.

De alguna manera, aunque me tiemblan las manos, consigo abrir el candado y ella solloza mientras las cadenas caen.

Y entonces...

Se lanza a mis brazos. Envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, la cara enterrada en mi cuello. —Gracias. — Se acerca y, por primera vez en mi vida, siento la presión de un coño caliente en mi regazo. Ese mínimo roce hace que mi boca se abra, sin que salga ningún sonido. *Oh, mi Dios.* ¿Cómo ha acabado este angelito en mis brazos? ¿Estoy teniendo un sueño? —Por favor, por favor. Llévame lejos de aquí. No dejes que me encierre de nuevo.

La realidad cae como una cortina.

Su padre la ha mantenido aquí abajo como una prisionera.

Está asustada.

—Nunca. — gruño, poniéndome de pie con la niña aferrada a mí. —Ahora estás a salvo. Y voy a *jodidamente matarlo*.

—No. — susurra, agarrándose a los lados de mi cara. Todo lo que puedo hacer es quedarme ahí, balanceándome, totalmente detenido por la sensación de su aliento en mi boca. ¿No puede sentir la forma de mi polla? ¿Por qué no está aterrorizada? partiría en dos a esta pequeña chica. —No, no vas a matarlo. Ese no eres tú. Eres un buen hombre.

Trago saliva, el miedo se acumula en mi vientre. — ¿Me has confundido con otra persona, chica?

—No. — Me pasa las yemas de los dedos por la barba. Sus muslos acaban de apretar mi cintura. Oh, joder. Estoy tan duro que no puedo respirar. —Sé quién eres. — me dice suavemente al oído. — Eres mi salvador.

—Sí. — solté entrecortadamente. —Soy todo lo que quieras.

Su cara se acurruca en mi cuello. — ¿Cómo te llamas?

Sotelo, gracias K. Cross

—Benny. — Ojalá tuviera un nombre mejor. Algo más digno de una chica tan perfecta, dulce y angelical. Algo como Francisco o Lancelot. —Benny O'Casey.

—Hola, Benny. Soy Fawn. — Sus dedos se deslizan por mi pelo y la electricidad se dispara en mi torrente sanguíneo, mis pelotas se tensan dolorosamente. —Ahora te pertenezco.

Aunque me duele mucho creer esas increíbles palabras, sé que tiene que haber un error. Todavía no me ha visto a la luz. La he iluminado con la linterna, pero no a mí. En cuanto estemos arriba, va a gritar y posiblemente se desmaye al verme. Solo la he tenido en mis brazos durante un minuto, pero su horror al verme me va a arrancar el corazón del pecho.

Será mejor que acabe con esto ahora.

Antes de que empiece a pensar en ella como mía.

Es demasiado tarde.

Con una creciente sensación de fatalidad, llevo al ángel hacia las escaleras, sintiéndome como un portador del féretro en mi propio funeral. Aunque debería considerarme afortunado por tener el privilegio de sostenerla aunque sea un minuto.

Gratitud. Me aferro a ella mientras subo hacia la luz.

Capítulo 2

FAWN

Nunca he estado más caliente o más segura en toda mi vida.

Es un gigante. Un *gigante* de verdad ha venido a rescatarme.

Y supe quién era en cuanto oí su voz.

Es el hombre del bosque.

Mi padre no siempre me mantiene encadenada en el sótano. Solo cuando me olvido de volver a casa a tiempo de mis paseos o uno de sus amigos empieza a mirarme raro. Es entonces cuando me arrastra hasta ahí por el pelo y me pone los grilletes. Nunca sé cuándo va a venir y, a menudo, me mantiene ahí hasta una semana. He encontrado una forma de hacer pasar el tiempo, una forma muy agradable. Por desgracia, la bombilla del sótano se ha apagado hace unas horas, así que no he podido leer los viejos y maltrechos cuadernos que encontré escondidos en la pared. Nadie conoce los relatos eróticos, excepto yo. Y quien las escribió, supongo.

Podría haber sido mi madre, pero no hay forma de saberlo con seguridad.

Este hombre, Benny, es el protagonista que he estado imaginando mientras leía esos cuentos escandalosos. Ha ocupado mis sueños desde la primera vez que lo espí en el bosque. ¿Cuántas veces me he imaginado mis palmas trazando la pendiente montañosa de sus hombros? ¿Cuántas veces lo he imaginado tumbándome y acomodando todo ese glorioso peso encima de mí, con su boca moviéndose bruscamente sobre la mía?

¿Cientos de veces? ¿Miles?

Ya casi hemos llegado a lo alto de la escalera y la tensión empieza a acribillar mi espalda. ¿Y si mi padre intenta impedir que Benny me lleve?

Entonces me relajo.

Sotelo, gracias K. Cross

Nada puede detener a mi gigante.

El crujido de las tablas del suelo me indica que ya estamos en el pasillo, avanzando hacia la cocina. — ¿Has encontrado a alguien, Beat Down? — dice un hombre cuya voz no reconozco.

Benny me rodea la espalda con un brazo. —Por favor, no tengas miedo. — me dice, con su pulgar rozando de lado a lado mi espalda. —No te dañaría ni un pelo de la cabeza.

—Por supuesto que no. — murmuro, cediendo al impulso de besar su cuello. También hay una cadena de oro colgada ahí, y lo que más deseo es deslizar mi lengua por debajo de ella, succionar la pesada pieza de joyería en mi boca. Pero esta no es una de las historias que encontré escondidas en la pared. Esto es la vida real. Y no quiero que Benny piense que estoy demasiado ansiosa.

Aunque lo estoy.

He estado soñando con sus caderas entre mis muslos durante mucho tiempo. Ahora que están ahí, me estoy mojando terriblemente, empapando el material de algodón de mis bragas. Oh, señor, no puedo esperar a que me quite la virginidad. Llevo mucho tiempo pensando en ello, deseando ofrecerme a este hombre.

Este gigante gentil al que veo rescatar animales en el bosque.

Este hombre que los cuida y los libera con sus grandes manos llenas de cicatrices.

Sin embargo, si supiera que lo he estado espiando, podría asustarse, así que mejor me guardo esa pequeña información.

— ¿Cuándo vamos a estar solos?— Respiro en su cuello, inhalando el aroma a madera quemada y especias. —Quiero estar a solas contigo. — susurro, rodeándolo con las piernas.

Gime y sus pasos vacilan ligeramente.

En las historias eróticas que he leído desde que cumplí los catorce años, el hombre y la mujer ya habrían intimado. Mi cuerpo palpita en lugares secretos, mis pezones están tiernos, hambrientos de sentir la lujuria de Benny. Quiero envolverme en él y no soltarlo nunca. Nunca esperé que me rescatara. Siempre pensé que un día reuniría el valor suficiente para presentarme a él en el bosque, quizá

Sotelo, gracias K. Cross

mientras vendaba el ala de un pájaro. Pero esto es mejor. Mucho mejor. El destino debe haber sabido que no podía esperar más por él.

—Puede que quieras, uh... echarme un vistazo, chica. — dice con voz ronca, vacilando en el umbral de la cocina. —Antes de seguir diciendo cosas como esa.

¿Qué quiere decir Benny con lo de echarle un vistazo?

¿Cree que no lo encuentro atractivo?

Bueno, no puedo decirle que no solo lo encuentro irresistible, sino que hace tiempo que me he hecho a la idea de que le perteneceré. No puede saber que lo he estado espiando o pensará que soy rara. O pensará que estoy controlada por los impulsos de mi cuerpo. ¿Acaso mi padre no avergonzó a mi madre por lo mismo?

Me inclino hacia atrás y lo veo de cerca, a la luz, por primera vez. Y automáticamente, mis muslos se agitan en torno a sus caderas, con un calor líquido que me roza los pliegues. Señor, es tan grande y masculino. Rasgos fuertes, un cuello grueso, un ceño que podría hacer que la gente lo confundiera con alguien enojado, pero yo solo lo veo pensativo. Intenso. Esos ojos verde oscuro hacen que mi corazón bombee más rápido. Sus hombros son más anchos que el lateral de un granero y ahora los rastreo, deseando tocarlos, deseando tumbarme en algún lugar privado y que me toque. En todas partes.

—Eres perfecto. — susurro, rozando con mis labios el pulso que late rápidamente en su cuello. —En todos los sentidos.

Esa parte dura de él, su polla, se levanta otro centímetro. Una lanza atrapada entre nosotros, rozando la entrepierna de mi ropa interior. ¿No debería haberme llevado a uno de los dormitorios y meterla dentro de mí ya? Empiezo a sentirme... inquieta y frustrada.

Quiero pertenecerle por completo. Ahora.

Quiero estar desnuda delante de él, que se dé un festín conmigo.

—Ahora, Fawn... — Su puño se retuerce en la falda de mi vestido. —Te rescataré de cualquier manera. Me quieras o no, voy a asegurarme de que estés a salvo. No tienes que... hacer esto. No tienes que fingir que estás interesada en mí de esta manera.

— ¿Fingir?— Me inclino hacia atrás para estudiarlo, encontrando su cara más roja que de costumbre. —No lo entiendo.

Resopla con una respiración inestable. —Mira, chica. Soy un feo hijo de puta y tú... bueno, tú... — Respira con dificultad, su enorme pecho se hincha contra el mío. —Eres la cosita más bonita que he visto en mi puta vida. Tan hermosa que casi duele mirarte.

La euforia me recorre, llevándome en una nube de color pastel. — ¿Entonces por qué no quieres estar dentro de mí?

— ¿Qué?— Mueve la cabeza con fuerza, como si intentara salir de un trance. — ¿Estar dentro de ti... ahora? Chica, vendería mi maldita alma. Pero no quieres eso conmigo. Simplemente no puedes.

De repente tengo ganas de hacer un berrinche. Un ataque de gritos y portazos. —En las historias que encontré en la pared del sótano, el hombre no espera tanto tiempo. ¿Es tan fácil resistirse a mí?

—No. — responde desgarradoramente, sus manos bajan para ahuecar mi trasero bajo el vestido, elevándose sobre su dureza y frotándose hacia arriba. —No, bebé, no es nada fácil.

Un ronroneo sale de mi garganta sin una orden formal de mi cerebro. — ¿Puedo llamarte papi como las mujeres de los cuentos?

—Cristo. — Gimiendo, aprieta mis nalgas con fuerza entre sus manos. —Esto tiene que ser un sueño.

—No es un sueño. Necesito estar a solas contigo. — Siguiendo el instinto, cierro mis dientes alrededor del lóbulo de su oreja y tiro. — Ahora.

—Fawn...

—Ves, ¿qué te dije?— Mi padre sale a trompicones al pasillo, limpiándose la sangre de la boca. —Es exactamente como su madre. Se ofrece al primer hombre que le presta un poco de atención. Su madre huyó hace años. Se subió a un barco que pasaba y nunca miró atrás. ¿Estas mujeres que comparten mi apellido? Te chupan la vida y se ríen mientras pasan al siguiente objetivo. — Su voz baja a un susurro. —Llevan el diablo adentro. Se supone que las mujeres no necesitan follar tanto. Su madre estaba encima de mí día y noche y

Fawn, ni siquiera se ha acostado con un hombre todavía y ya está loca.

Muy despacio, Benny me deja en el suelo, sujetándome por la cintura hasta que se asegura de que no me voy a caer o perder el equilibrio. Entonces, su mano sale disparada como un rayo, rodeando la garganta de mi padre. —Hablas mucho para un hombre que no quiere morir.

Viendo cómo los ojos de mi padre se salen de las órbitas, sus dedos arañando el agarre inamovible de Benny, jadeo. — ¡Benny!— Tiro de su brazo. —No. No, tú no haces daño a la gente.

Hay un tercer hombre en la habitación. Lleva mirándome con los ojos muy abiertos desde que entramos en la habitación, pero ahora rompe a reír. —Eso es todo lo que hace, cariño.

Un gruñido sale de Benny y su atención se dirige al otro hombre. —Si vuelves a hablar con ella, te ahogaré en el puto río de los cocodrilos.

Me quedo con la boca abierta y la habitación me da vueltas.

No, mi gigante es amable. Y gentil. No es ese hombre violento que el otro dice que es. Debe estar molesto porque mi padre dijo esas cosas malas sobre mí. Cosas a las que me he acostumbrado tanto con los años, que ya no me molestan.

No me gusta la violencia.

Mi padre solía infligirla a mi madre. De vez en cuando, no consigo escapar de su ira y recibo una o dos bofetadas. Luego están los hombres del pantano, que se pelean por dinero. Peleando para ganar dinero a través de peleas de gallos o juegos de cartas. Antes de que mi padre me hiciera abandonar la escuela, los chicos de mis clases eran siempre muy agresivos. Enojados. Con derechos. Toda mi vida he estado rodeada de hombres furiosos y ya no quiero eso. Mis aspiraciones de una vida feliz y amorosa son la razón por la que me siento tan atraída por mi gigante del bosque. Mi gigante que ayuda a los animales a curarse de las heridas y los trata con tanto cuidado.

—Benny. — sollozo, tratando una vez más de desenredarlo de mi padre. —No. No lo hagas.

Su agarre alrededor de la garganta de mi padre se afloja automáticamente, sus grandes hombros se agitan por el esfuerzo. Se vuelve para mirarme, con la mirada cargada de anhelo. Durante unos instantes, su garganta trabaja, como si estuviera tomando una decisión. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, me echa por encima de su hombro. —Me llevo a la chica. — dice, y sale al patio delantero.

En cuanto nos instalamos en el barco y me siento a horcajadas en el regazo de Benny, acurrucada contra su gran pecho, el altercado empieza a desaparecer de mi memoria. Tiene que haber alguna explicación para la furia que mostró hacia mi padre. Estoy segura de que descubriré cuál es en cuanto estemos solos. Y de todos modos, tenemos toda la vida para dar explicaciones, mi dulce gigante del bosque y yo.

Capítulo 3

BENNY

Las palabras de su padre resuenan en mi cabeza.

Ni siquiera se ha acostado con un hombre y ya está loca.

No quiero creer lo que ese asqueroso pedazo de mierda dijo sobre mi ángel, pero diablos, es difícil descartar la evidencia. Se frota contra mi polla como si se estuviera muriendo sin ella adentro, esos muslos sexys se flexionan sin descanso alrededor de mis caderas. Sus tetas se desbordan del vestido, esos duros pezones a punto de salirse del escote. He renunciado a intentar controlar mi errática respiración. O el sudor que me cae por los lados de la cara. Tengo a la joven más sexy de la existencia humana apretando lentamente su coño contra mi erección, sus uñas enterradas en mis hombros como si estuviera disfrutando mucho, y estoy a dos segundos de taladrarla en el fondo de este barco. Si la idea de que Grim la vea desnuda no me diera ganas de cometer un homicidio, ahora mismo estaría en pelotas.

Pero este momento para pensar es bueno. Necesario.

Necesito tiempo para entrar en razón.

Ella no me quiere. No podría. Solo...

Por alguna razón, esta chica está más excitada que nunca.

Si sus ojos no estuvieran tan claros y alerta, asumiría que ha sido drogada.

Más de las palabras de despedida de su padre vuelven a perseguirme.

Es exactamente como su madre.

Se ofrece al primer hombre que le presta un poco de atención.

Seamos honestos, eso es exactamente lo que está sucediendo aquí. Esta pobre chica ha sido abusada y encerrada y ahora he llegado

Sotelo, gracias K. Cross

como la caballería para salvarla. Por supuesto que está agradecida. Por supuesto que está dispuesta a pasar por alto el hecho de que soy un monstruo.

Bueno, no puedo dejar que me tienta para tomar algo que lamentará haber regalado. Tan pronto como estemos en el mundo real, tan pronto como ella tenga opciones, voy a ser el ogro con el que cometió el error de acostarse. Moriré si eso sucede. No seré otro hombre en su vida que la ensucie. No. No sucederá. He pecado mucho en mis treinta y tres años, pero no me atrevo a aprovecharme de los dulces ángeles con mala suerte.

—Por favor, chica. — gruño, con mi mano temblando en la parte baja de su espalda, muriéndome de ganas de agarrar ese culo apretado. —Por favor. Tienes que dejar de montarme así. Me voy a avergonzar.

Parpadea inocentemente. — ¿No te gusta?— Sus caderas comienzan a moverse más rápido, su frente se frunce en concentración. — ¿Esto es mejor?— Mi cabeza cae hacia atrás con una maldición. Estoy a punto de decirle que me encanta. Por supuesto que sí. ¿A qué hombre de sangre roja no le gustaría que esta preciosa chica de hermoso espíritu le diera un baile erótico diseñado para hacerle explotar las pelotas? Nunca he estado tan duro. Tan pesado y dolorido. Y eso es antes de que ella arrastre su lengua hasta el centro de mi yugular, ronroneando como un gatito al que le acaban de dar un tazón de crema. —Solo quiero hacer feliz a mi papi. — me susurra al oído.

—Por el amor de Dios, si no le das lo que necesita, lo haré yo. — llama Grim desde la parte delantera del barco. En cuanto sus palabras penetran, la rabia empieza a filtrarse en mi cerebro, en mi sangre, en mis huesos. Entonces me doy cuenta de que tiene una erección que intenta ocultar mirando hacia el agua, mirando hacia atrás por encima del hombro. En un abrir y cerrar de ojos, la situación ha cambiado. Ahora hay otro macho en las inmediaciones que quiere quitarme el ángel...

—Si te acercas un solo centímetro más de lo que estás ahora, hijo de puta, te arranco la cabeza de cuajo. — rujo, sujetando a Fawn más firmemente contra mi pecho. Pero las palabras no son suficientes, así que saco la pistola que tengo en la espalda y apunto a Grim. — Conduce el barco y mantén la boca cerrada.

Sotelo, gracias K. Cross

Lo he asustado. Su nuca está blanca como un fantasma, sus hombros tensos. Pero Grim nunca ha sabido cuándo cerrar la boca. —Mensaje recibido, Beat Down. — Hace una pausa. —Pero, ¿cómo vas a explicar tu preciosa carga a Frank? No aceptamos garantías. Es el pago completo o nada. Esa es la política.

—Conozco la política. — respondo con firmeza.

Creen que la he tomado como garantía, pero la idea de devolverla me pone los dientes de punta. Menos mal que su padre nunca va a conseguir el dinero. No hay ninguna posibilidad de que la deje volver a ese tugurio.

Estoy a punto de decirle a Grim que no se meta en mis asuntos. Pero entonces, Fawn se echa hacia atrás y me mira con ojos amplios y desilusionados. —Tienes una pistola. — susurra, su mirada recorre mi brazo, su labio inferior empieza a temblar. — ¿Eres un hombre malo, Benny?

Juro por Dios que casi tiro la pistola al pantano.

Esta chica cree algo malo de mí y nunca he experimentado tanto odio a mí mismo en mi vida. Peor aún, la respuesta a su pregunta es sí. Soy un hombre malo. Es cierto.

Pero tal vez esto sea bueno: que se dé cuenta de que soy un criminal, además de ser enorme y desagradable a la vista. Me marchitaré y moriré por dentro cuando se baje de mi regazo y ya no quiera tener nada que ver conmigo, pero será lo mejor para ella. ¿Cuál es la alternativa? ¿Que se quede conmigo para siempre? ¿Hago todo lo que está en mi mano para hacerla feliz? Nada, nada de lo que haga podría cambiar el hecho de que ella está fuera de mi alcance por un millón de millas. Más.

Ella se daría cuenta eventualmente. Mejor que se aleje de mí ahora, temerosa de mi violenta profesión. Temerosa de mí.

—Sí, Fawn. — empujo a través de los labios rígidos. —Soy un hombre malo.

Sus ojos se llenan de lágrimas. —No.

— ¿No?

—No *quieres* ser malo. — susurra, poniendo una mano en mi brazo, que sigue apuntando con la pistola a Grim. Ella la baja. Y Jesús, la dejó. No puedo hacer otra cosa que mirar fijamente sus hermosos ojos dorados y dejar que me desarme, figurada y literalmente. —Eres bueno. Eres un buen hombre como los héroes de mis historias.

No es la primera vez que menciona estas historias y mi curiosidad está más que despertada. — ¿De qué historias estás hablando, bebé?

—Las que encontré en la pared del sótano. Hace unos cuatro años. — Se humedece los labios, creciendo visiblemente emocionada por el tema. —Cuadernos y cuadernos. Docenas de ellos. Llenos de historias románticas. Aunque, las partes románticas reales son bastante cortas. — Aparecen manchas rosas en sus mejillas. —La mayoría de las veces los personajes pasan tiempo en la cama juntos. O... en otros lugares. Duchas y mesas y callejones...

—Tienen...

—Sexo. — susurra, como si recitara una oración sagrada. —Ya es hora de que lo pruebe yo misma. Por primera vez. Contigo. Siempre se suponía que ibas a ser tú.

Virgen. Por supuesto que lo es.

Maldita sea.

Las ganas de reclamar ya estaban en un punto álgido, ahora se expanden, ondulando mis músculos.

Vuelve a montar mi polla. Con la vista nublada por el inmenso placer, no puedo evitar abrir un poco más los muslos e inclinar la parte inferior de mi cuerpo en ángulo para ella. Y gime, moviendo las caderas con avidez. Joder. Joder, me voy a correr. Su coño es tan flexible a través de sus bragas raídas. Es un horno tenso, y esas caderas. La forma en que se mueven y se arrastran. Es una cosita tan flexible. Me está volviendo loco.

Desearía que mi conciencia se callara, pero su declaración no me deja en paz. Cuanto más tiempo deje que me adore así, más culpable seré cuando termine.

Sotelo, gracias K. Cross

Ya es hora de que lo pruebe yo misma. Por primera vez. Contigo.

Siempre se suponía que ibas a ser tú.

—Quemaría ciudades hasta los cimientos para tenerte, Fawn. Si pensara que podrías ser feliz conmigo. — Mis manos están demasiado sucias para tocar su perfecta piel, pero de todos modos le acaricio la cara, necesitando impresionarla con lo que estoy diciendo. Necesito tener más contacto con ella. Antes de que no vuelva a tener la oportunidad. —Has estado encerrada, alejada de la gente. No te das cuenta de que has escogido al hijo de puta más feo que hay para que te acoja. Pero pronto te darás cuenta. — No puedo tragar más allá del nudo del tamaño de un puño que tengo en la garganta. —Has pasado demasiado tiempo encadenada. Eso es exactamente lo que tendría que hacer para mantenerte conmigo. Una vez que veas lo mucho mejor que lo puedes hacer. Tendría que encerrarte en mi sótano. No puedo... no haré eso.

Fawn escudriña mis ojos durante un largo rato, luego sonrío suavemente. — ¿Ves? Te lo dije. Un buen hombre. — Se inclina más cerca, sus pupilas se dilatan, las tetas se aplastan contra mi pecho. Y entonces, Dios mío, me besa. Sus labios carnosos se posan sobre los míos, succionando suavemente, y luego ofrece su lengua suave y húmeda en mi boca, haciendo que mi polla se ponga más rígida. No puedo ni siquiera funcionar mientras me explora con pequeños lametones que se vuelven más largos, más largos, más ansiosos. ¿Cómo está sucediendo esto? ¿Cómo está gimiendo esta chica, sus piernas inquietas, tratando de trepar más alto en mi cuerpo, arañando mis hombros? Deseando. Suplicando ser follada.

También lo quiero. Lo necesito. Necesita arrugar su falda sucia, arrancarle las bragas y follar a este angelito cachondo hasta que esté satisfecha. Dios, eso me convertiría en un bastardo. Ella tiene la falsa impresión de que soy un buen hombre. ¿No se da cuenta de por qué estaba en su casa en primer lugar?

Como superada por el acto de besar, se derrumba sobre mí, respirando con dificultad en el costado de mi cuello. —Fawn...

— ¿A dónde me llevas?— Levanta la cabeza y sus ojos, llenos de esperanza, buscan en los míos. — ¿A tu casa?

Sotelo, gracias K. Cross

—Mi casa. — repito aturdido. —No. Estoy...

—Te llevamos con el jefe. — dice Grim sin volverse hacia nosotros. —Eres un colateral, cariño. ¿No estás escuchando?

—Cierra la boca. — bramo, estirando el brazo y apuntándole con la pistola una vez más. —Me la llevo a mi lugar.

Grim resopla. — ¿Crees que podemos volver con las manos vacías? Frank podría perdonártelo. Eres demasiado valioso. ¿Pero a mí? Me meterá una bala en la cabeza antes de que entre por la puerta principal.

Fawn tira del cuello de mi camisa. — ¿Por qué sigue diciendo que soy colateral?

A pesar de la situación, me encanta que ignore a Grim y me pida explicaciones. Me encanta la confianza total en sus ojos, la lealtad. La forma en que me mira como... como si fuera su papi y tuviera todas las respuestas. Oh Jesús, ¿ya estoy jodido? ¿Realmente voy a arruinar la vida de esta chica para mantenerla en la mía?

No. No, no puedo.

Me preparo lo más posible para no tener que calmarla, y le digo la dura verdad. Necesita oírla. Necesita saber la verdad sobre mí. —Tu padre tenía una deuda con mi jefe y no pudo pagarla. Estuve ahí, en tu casa, para acabar con su miserable vida. — El ácido hierve en mi estómago. —Eres un sustituto del dinero. Hasta que él pueda conseguirlo.

Lo que nunca hará. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos ahí. Pero no puedo imaginar que no se haya ido hace mucho para entonces.

Fawn se echa hacia atrás ligeramente, como si la hubieran abofeteado. —Pensé... pensé que estabas ahí para rescatarme.

—No soy un héroe de tus historias, ¿de acuerdo?— susurro, con ganas de morir.

Deseando tanto ser su héroe que el corazón me late en la boca.

Durante largos momentos, solo puede estudiarme, como si intentara leer mi mente. ¿Puede hacerlo? Lo juro, está mirando

Sotelo, gracias K. Cross

directamente a mi alma. ¿Puede ver que es demasiado negra para alguien tan puro? —Bueno... — murmura con dificultad—. La broma es para ti. A mi padre no le importo lo suficiente como para intentar recuperarme. Probablemente esté agradecido de que me hayan quitado de sus manos.

—Eso es porque es un maldito idiota. — medio grito.

— ¿En qué te convierte eso? Tú tampoco me quieres.

Aprieto nuestras frentes, gruñendo. —Eso es una mierda y lo sabes.

Su cuerpo empieza a temblar. Pero no de miedo. De deseo. Manteniendo el contacto visual conmigo, se baja el corpiño del vestido, exponiendo sus tetas a mí y al pantano. —Pruébalo.

Capítulo 4

FAWN

Por alguna razón, Benny está decidido a hacerme creer lo peor de él. Tal vez debería. Tal vez debería ver a este hombre sosteniendo un arma y amenazando la vida de otros tan despreocupadamente y creer lo que está diciendo. Tal vez lo haría si no pudiera sentir la agitación en él. Si no me mirara a los ojos y me dijera esencialmente que me quiere, pero que no es lo suficientemente bueno. Si no lo hubiera observado durante incontables horas en el bosque atendiendo a animales enfermos.

Este hombre no es lo que parece.

Mientras que mi padre es un hombre malo en un mal camino, Benny es un hombre bueno en un mal camino.

Eso es lo que me dicen mis instintos. La forma en que me mira, como si yo pudiera ser su salvación pero no es lo suficientemente egoísta como para tomarla, solo me hace desearlo más. Solo me hace querer entrar en su mente y calmar el caos.

Y mi cuerpo, bueno... tiene hambre de él como si estuviera al borde de la muerte.

Benny obviamente tiene la impresión de que nunca he estado cerca de otros hombres. Por supuesto que sí. No he pasado toda mi vida encadenada en el sótano. Sé lo que la gente considera “clásicamente guapo” y también sé que Benny no lo es. Pero nunca me han interesado los chicos guapos. Son demasiado encantadores. Engañosos. Acostumbrados a salirse con la suya. No tocaría a uno de ellos ni con un palo de tres metros.

Benny es el único que me ha hecho mojar entre las piernas.

Es el hombre que imagino en el papel de héroe mientras leo mis cuadernos.

Sotelo, gracias K. Cross

Mi corazón me dice que hay un gigante amable bajo esa fachada de violencia, y estoy decidida a quitarle las capas hasta llegar a él.

Mirándolo a través de mis pestañas, bajo el escote de mi vestido y le ofrezco una vista de mis pechos. ¿Le gustan? No tengo ni idea...

Espera. Sí.

Sí, lo hace.

Emite un sonido desgarrador, su erección surge entre mis piernas. —Por favor, chica, vas a hacer que me corra.

Siguiendo los impulsos de mis largamente negadas hormonas, agito mis montículos hacia él y sus caderas comienzan a hacerme rebotar hacia arriba y hacia abajo. Como si fuera involuntario. —Demuestra que me deseas. — jadeo.

—Te vas a arrepentir. — dice entre dientes, justo en mi cara. — ¿No ves que soy un monstruo?

Se odia a sí mismo. Por eso no me deja amarlo.

—No me arrepentiré de ti. — Restriego las palmas de las manos por su pecho grande y agitado. —Nunca.

—Me gano la vida matando, Fawn.

Eso me golpea como un golpe en el estómago. Odio la violencia. La odio más que nada en este mundo. Los problemas deberían resolverse con palabras razonables. Con negociaciones. Pero no puedo ignorar la intuición de que tampoco le gusta la violencia. Un hombre que tiene sed de asesinato no remienda las patas de las ardillas ni limpia la basura del bosque para que los animales no se ahoguen con el plástico. —Vas a parar por mí.

—Yo... — Un escalofrío lo atraviesa y deja de respirar. — ¿Que voy a qué?

—Vas a parar por mí.

Mientras digo esas palabras, el barco se desliza hacia la orilla. Ya no nos movemos. Miro detrás de mí y veo un vehículo grande y negro esperando cerca. Obviamente es la forma en que llegaron a este punto del pantano antes de tener que cambiar al bote. —Fawn, yo... no sé hacer nada más. No sirvo para nada más.

Sotelo, gracias K. Cross

Tomo sus manos y las pongo sobre mis pechos desnudos, ganándome otra serie de rebotes. Otro gemido de oso. —Llévame a un sitio a solas. — susurro contra su barbilla. —Toma lo que le ofrezco a un buen hombre. Un buen hombre que no necesita una pistola o sus puños para ser exactamente lo que necesito. Si mis palabras no pueden convencerte de lo que veo... de que eres un hombre bueno por dentro... entonces quizá mi cuerpo pueda.

—Joder. — respira Benny, poniéndose de pie repentinamente y saliendo del barco conmigo en brazos, su equilibrio se inclina ligeramente. —Estoy al final de mi cuerda. Tengo que meter mi polla dentro de ti. — Girando la cabeza, mira fijamente al otro hombre. — Quédate aquí afuera y espera. Si te veo cerca del coche, te arrepentirás.

Grim suspira y toma asiento en un tronco. —Bastardo con suerte.

Sin previo aviso, mi espalda golpea el lateral del todoterreno negro. Las llaves de Benny salen, presiona un botón y la puerta se abre de golpe. Me arroja bruscamente al espacioso asiento trasero. Benny está de pie en la entrada, sus dedos romos tanteando la bragueta de sus pantalones, sus ojos desorbitados, fijos en mi feminidad. —Oh, Jesús, Jesús, Jesús. — dice, con un hilillo de sudor bajando por un lado de su cara. —No hay manera de que entre en esa cosa tan pequeña.

—La mujer es la que suele pensar eso. — susurro, estremecida. Por fin está ocurriendo. Benny, mi gigante del bosque, va a participar en el acto sexual conmigo. El placer.

Y entonces lo veo.

Su polla.

Es... no, eso no puede estar bien.

—Tal-tal vez me he equivocado. — digo, tragando saliva. —Tal vez no entre.

Me arrastra por los tobillos hasta el borde del asiento. Con manos temblorosas, mete la mano por debajo de mi vestido y me baja las bragas por las piernas, dejándolas caer en el asiento junto a mi cadera. —Yo tampoco he hecho nunca esto, bebé. Pero estoy seguro

Sotelo, gracias K. Cross

de que no voy a parar ahora. — Se inclina para mirar mi carne y gime, sus caderas embistiendo contra el borde del asiento, sacudiendo el todoterreno. —Dios, es imposible que pueda.

El shock me atraviesa. —También es tu primera vez.

—Sí. — Se pasa una mano por el pelo, con cara de hambre y de conflicto. —Sí. Y no entiendo las cosas que quiero hacer. ¿Cómo puedo querer darte placer y querer... follarte tan brutalmente al mismo tiempo?

—Haz lo que te parezca. — lo insto, sin aliento. —Prometo que me encantará.

Un músculo estalla en su mandíbula, sus manos se posan en mis rodillas. Se flexiona. Dudando. Y entonces me abre las piernas de un tirón, escupe sobre mi sexo y lo abofetea, bruscamente. — ¿Te gusta eso, chica cachonda?

Mi mundo se ha inclinado sobre su eje. Una de mis historias era así. El amante masculino castigando a su mujer de todas las formas sensuales. Es la historia que más leo. —Sí.

—Bien. — Acomoda su generoso peso encima de mí, su rigidez separa mis pliegues, deslizando el tronco de su excitación hacia arriba y hacia atrás a través de mi resbaladizo, estimulando mi clitoris. — ¿Haces lo que te parece bien? Bien. No pararemos hasta que esa cosita tan bonita esté bien estirada a mí alrededor y estés llorando para que papi se corra.

Ahora gimoteo y me cuesta respirar. Pensaba que estaba preparada para este ataque de pasión, pero mi deseo no se parece en nada a las palabras escritas en el cuaderno. Es real y está dentro de mí, gritando para liberarse. Mis dedos están desabrochando los botones que corren por la parte delantera de mi vestido, queriendo estar completamente desnuda para él. Queriendo ofrecer todo lo que soy. Todo lo que tengo. —Mantuve mi virginidad por ti, papi. Fui una buena chica.

—Yo también guardé la mía por ti, bebé. — dice, bruscamente, mirando mi cuerpo desnudo con asombro. —Pero eso no me convierte en un buen hombre. Me preocupa que no sea capaz de controlarme. — Lentamente, las yemas de sus dedos recorren el centro de mi cuerpo

Sotelo, gracias K. Cross

y envuelve una mano carnosa detrás de mi cuello, su pulgar masajeando mi garganta, su hombría palpitando entre mis piernas. — No me merezco esto. Tú. Deberías estar envuelta en seda en algún palacio. No tumbada aquí con las piernas abiertas para una bestia.

—No quiero estar en ningún otro sitio. — susurro, estremecida, levantando las manos para recorrer los lados de su cara, rodeando sus caderas con mis muslos hasta donde puedan llegar. —Y si eres una bestia, entonces eres exactamente lo que quiero. Eres lo que me ha mantenido despierta por la noche, húmeda y ardiente. Haz que pare.

Durante mi discurso, ha empezado a jadear, la temperatura de su piel ha subido varios grados. —Haz que pare, papi. — Al pronunciar esta última palabra, me agarra con fuerza por la garganta y sollozo, con un espasmo que recorre mis músculos íntimos y deja escapar más humedad, que frota con avidez. Con fuerza. Y entonces me suelta la garganta, baja y se dirige a mi entrada, la cabeza bulbosa de su eje me estira, sus enormes y peludos muslos rozan el suave interior del mío. —Nunca he estado cerca de un coño, pero hasta yo sé que éste es joven. ¿Cuántos años tienes?— lanza una maldición. —Dulce Jesús, debería haber preguntado antes. No importa lo que digas ahora, va a entrar. Cada centímetro sucio. No puedo parar ahora.

—Soy una chica grande. — digo, con el labio superior curvado coquetamente.

Con los ojos fijos en mi boca, gruñe, se estremece y un chorro de semilla caliente casi me quema la carne entre los muslos. —Mierda, no voy a aguantar ni un minuto. Dame un número, Fawn. Necesito saber si he cruzado la línea del territorio de monstruo al de Satanás.

—He tenido dieciocho años durante tres meses. — digo, arqueando la espalda, casi delirando de placer ya, simplemente por la anticipación de que este hombre se adueñe totalmente de mí. —Cada uno de ellos lo pasé esperando por ti. Por favor. Me duele todo. Haz que pare, haz que pare.

—Que Dios me perdone. — gruñe, introduciendo su rigidez más profundamente en mi cuerpo, antes de deslizar una mano bajo mis nalgas y sujetar mi mejilla derecha con un fuerte apretón. Me posiciona, me mantiene firme. Entonces estampa su boca sobre la mía, con su aliento caliente saliendo de sus fosas nasales en rápida

Sotelo, gracias K. Cross

sucesión, su sudor goteando sobre mi piel. Y se lanza hacia delante con un grito, atrapando mi agudo grito en su dura boca.

No había otra forma de atravesar mi barrera ni de hacer pasar su voluminoso tamaño por mi canal no probado. Eso lo sé.

Pero mis historias nunca describen el dolor con precisión. O con gran detalle.

Es una invasión. El viento me golpea, el malestar florece entre mis piernas, la sensación de estiramiento es mucho más intensa de lo que esperaba. Sin embargo, su gran peso me inmoviliza en el asiento y está increíblemente duro dentro de mí. Un animal siguiendo su instinto de apareamiento. Estoy siendo tomada por mi gigante. Por fin. Es un alivio tan grande ser su sacrificio que paso por alto el dolor palpitante y la incomodidad se convierte en algo secundario. Especialmente comparado con la felicidad absoluta en su cara. La mandíbula caída y los ojos vidriosos. Su respiración entrecortada.

—No puedo creer... — comienza, luchando por inhalar. —No puedo creer que esto sea real. Sentí que la cereza estallaba, pequeña. Jodidamente lo he sentido. Hice que este coño fuera mío.

—Sí. — Ignorando la punzada bajo mi ombligo, muevo mis caderas hacia arriba, regocijándome en su gemido gutural. —Me has hecho tuya. Te pertenezco, ahora juega conmigo.

Su carne se hincha dentro de mí, los temblores recorren cada centímetro gigante de él. —Todavía no puedes acostumbrarte a mí. No puedes ser real.

—Podría decir lo mismo de ti. — susurro contra su boca, acariciando sus labios con mi lengua hasta que los separa, dejándome lamer dentro de su boca, mis manos bajando a las gruesas losas de su trasero, ronroneando y tirando de él más profundamente. —Pero eres demasiado grande, duro y profundo para ser algo más que real.

—No voy a aguantar más que un minuto. — jadea, con la cara enroscada por una embriagadora mezcla de placer y dolor. —Debería haber lamido tu bonito coño. Diablos, no puedo durar lo suficiente para que te corras. Ya estoy chorreando por todo ese vientre, bebé.

Sotelo, gracias K. Cross

Me muerdo el labio juguetonamente, observando su hambrienta reacción mientras arrastro una mano por mi estómago y empiezo a acariciar mi clítoris. —Te ayudaré, papi.

El sonido animal que emite podría venir del bosque circundante. —Oh, joder. Joder. Una cosita tan caliente y cachonda. Tan jodidamente apretada alrededor de mi polla.

Echa la cabeza hacia atrás y empieza a cabalgarme con fuerza. Es nada menos que un frenesí.

Soy un juguete para manipular y me encanta.

Me encanta ver cómo sus ojos se vuelven ciegos, sentir el pesado péndulo de sus testículos golpeando mi trasero. Deja caer su cara sobre mi cuello y gruñe frenéticamente, su largo sexo bombeando y bombeando, su enorme cuerpo aplastándome contra el asiento. El coche emite un crujido oxidado con cada empuje de su eje en mi carne húmeda y ese sonido se produce cada vez más rápido, sus caderas me aplastan y toman. Justo cuando estoy segura de que no puede hacerme el amor con más fuerza o intensidad, me empuja las rodillas hasta las orejas y me perfora hacia abajo, levantándose y golpeándose con todo su peso, haciéndome gritar.

— ¿Te gusta cómo juego? — gruñe, arrastrando su lengua por un lado de mi cara, hundiendo su rostro en mi pelo sin delicadeza. — Esto no le parecerá un juego a nadie que pase por ahí. No hay manera de que pueda convencer a un tribunal de que has entregado este coñito perfecto sin que tenga que usar la fuerza. Especialmente con tu sangre virgen salpicada en mi vientre, bebé.

Quiero responderle algo. Quiero decirle que me encanta la forma en que me habla, que hace que mi clítoris sea más sensible, que me hace sentir como un objeto codiciado... pero, al parecer, eso es exactamente lo que necesito para que mi orgasmo salga a flote. Ser su preciado tesoro. Que me elogie de forma tan cruda y descarnada. Porque aquí viene. Suelto un sollozo con la boca cerrada y acaricio mi clítoris más rápido, buscando la boca de Benny con la mía, besándolo salvajemente mientras el infierno dentro de mí aumenta. —Más fuerte. — gimoteo, la lujuria enferma y delirante me atrapa en su trampa, desatando el deseo mantenido oculto dentro de mí durante tanto tiempo. —Haz un bebé dentro de mí, papi. — Entierro mis dientes en

Sotelo, gracias K. Cross

el grueso músculo de su hombro, mordiendo con fuerza. —Críame bien.

— ¡Hijo de puta!

Si antes pensaba que nos movíamos con frenesí, no es nada comparado con lo de ahora.

Hay arañazos, tensiones y violencia. Mordiscos, golpes y magulladuras.

Mi gigante me golpea contra el asiento, esa parte masiva de él creciendo cada vez más, entrenando la carne intacta dentro de mí para acomodarla. Grito de placer, grito su nombre, y esta vez él no consigue atrapar el sonido con la boca. Vagamente, recuerdo que Grim está cerca -muy cerca- observando cómo el todoterreno se balancea con la fuerza de nuestro acto de amor. El otro hombre puede oírme gritar por su amigo. Y tal vez no debería excitarme eso, pero oh, señor, lo hago. Quiero que todos sepan que Benny es mío. Quiero pertenecer a mi gigante a los ojos de cada persona que conozcamos. Y quiero que sepan que estoy satisfecha. Que nunca necesitaré otro.

—Mío, mío, mío. — canto, mi clímax cabalga en una ola dorada y me lleva hacia arriba, hacia la cima más alta que pueda imaginar. Un lugar al que nunca he llegado por mi cuenta, del que solo he leído en mis cuadernos. Y es aún más glorioso de lo que podría haber imaginado. —M-mi primer orgasmo. — respiro entrecortadamente. — Oh, es tan bueno, papi, *tan bueno*.

—Aquí viene el mío. El primero que cuenta. — Planta su boca abierta en mi sien, sus caderas golpean contra mí en un instante, y se congela, su gran cuerpo se estremece mientras la humedad caliente se dispara por la parte posterior de mi feminidad, marcándome, llenándome hasta desbordarse. Solo cuando su gasto comienza a subir por los costados de mi sexo, Benny comienza a empujar de nuevo, aún más feroz que antes, su rostro en una mueca permanente, los dientes le hacen sangrar el labio inferior. —Me ordeñaste, pequeña. No tenía ninguna posibilidad. Maldita sea, no puedo parar. Voy a ahogar ese vientre virgen tuyo. Lo dejaré jadeando por aire. ¿Crees que tienes que rogarme que te deje embarazada? ¿Crees que puedo hacer otra cosa que no sea poner un bebé en este vientre maduro?

Sotelo, gracias K. Cross

Sus palabras desencadenan otro espasmo entre mis piernas y grito, con las cuerdas vocales fritas, con la carne apretándose casi dolorosamente entre mis muslos, acariciando su polla que sigue bombeando. El alivio me recorre una y otra vez hasta que no soy más que una gelatina humana en el asiento trasero. Miro ciegamente al techo, con las extremidades inertes, el hambre implacable por fin aplacada por primera vez desde que descubrí los cuadernos.

—Gracias. — respiro, lamiendo la sal del hombro de mi hombre, recorriendo las yemas de mis dedos por su espalda. —Me has salvado. Ya no me duele. Gracias.

Benny me mira fijamente, apoyado en un brazo levantado, su incredulidad es obvia. — ¿Me estás... agradeciendo?

—Mmmm. — ronroneo, deslizando mi tacto por el pelo de su pecho. —Nadie más en todo el mundo podría haberme dado exactamente lo que necesitaba.

Creo que mi promesa va a complacer a Benny. En cambio, sus músculos se flexionan hasta el punto de la tensión, sus labios se despegan de sus dientes. —Nadie más te dará nunca una maldita cosa. Nunca más. Nadie más que yo. — Se inclina y choca sus dientes contra mi garganta. — ¿Entiendes?

La euforia me recorre el pecho y se acumula en mi vientre. —Sí. Lo entiendo. Nunca querré a nadie más. Jamás.

—Mi chica. Mi coño. — gruñe, sentándose y volviendo a meter su sexo semiduro en los vaqueros, subiendo la cremallera y tirando de mí hacia su regazo de lado, acunándome como a un bebé y acariciándome el pelo con una mano pesada. —Algo debo de haber hecho bien en esta vida, porque ahora soy tu papi. Y así va a seguir siendo. — ¿Imagino el parpadeo de pánico en sus rasgos? —Te guste o no.

Capítulo 5

BENNY

Santo Dios de arriba.

No puedo creer que tenga en mis brazos este regalo del cielo. Me sonrío aturdida, con sus dedos bajo mi camisa, jugando con el pelo del pecho y la cadena de oro. En la orilla del pantano, le abroché el vestido y le subí las braguitas por las piernas, cubriendo el desastre absoluto que hice entre sus muslos. Venida, sangre y enrojecimiento. Eso es lo que le hice, y este ángel no podía estar más contento.

Significa que por fin soy tuya, susurró, acariciando mi cuello.
¿Podemos volver a hacerlo más tarde?

Hay muchas posibilidades de que haya muerto y haya acabado en el cielo por error. Esa parece ser la única explicación plausible para que esta chica cachonda, cariñosa y decidida me desee. Antes de tomar su virginidad, tenía en mi mente que alejarme de ella era lo correcto. Le ahorraría arrancarme el corazón más tarde, cuando se diera cuenta de lo mucho mejor que lo puede hacer. Pero ahora...

Oh no.

He vislumbrado el reino. Me sentí inmortal entre sus piernas y no hay vuelta atrás. Lucharé hasta la maldita muerte si alguien intenta quitármela. Y por desgracia eso significa que cuando llegue el momento y Fawn quiera dejarme, tendré que encerrarla. No hay ayuda para ello. No puedo vivir sin el subidón que me da. No puedo vivir sin las caricias de sus deditos o la alegría de sus ojos dorados. Moriré en el acto.

—Así que... — Grim pregunta desde el asiento del conductor, con la nuca aún roja por lo que escuchó mientras esperaba en el tronco.
— ¿Cómo vas a explicársela a Frank?

—No lo voy a hacer. — La aprieto más contra mi pecho. —Nos vas a llevar a mi casa.

Sotelo, gracias K. Cross

Grim hace una doble toma en el espejo retrovisor. —Se supone que tenemos que presentarnos justo después de un trabajo. Querrá dinero o una prueba de muerte.

—He dicho... — Tengo los dientes en punta. —Llévanos a mi casa. Y vete. Yo me encargaré de Frank cuando llegue el momento.

Brevemente, Grim levanta las manos del volante con exagerada contrición. —Es tu funeral, hombre. Pero no te enojés conmigo por decirle la verdad a nuestro jefe. No tengo elección si quiero mi trabajo.

—Haz lo que tengas que hacer. — Miro a mi preciosa niña, que me sonríe como si fuera su héroe. ¿Qué he hecho para merecer esto? Casi me duele la forma increíble en que me hace sentir. Como si realmente pudiera ser un hombre mejor. Como si tal vez pudiera hacer cualquier cosa mientras este ángel me mire así. —Haré lo que tenga que hacer.

Y lo que tengo que hacer es hacerla feliz. Mantenerla a salvo.

Mantenerla, y punto.

A toda costa.

Media hora después, Grim detiene el todoterreno hasta la puerta que rodea mi recinto. Asiento ante su reflejo en el parabrisas, consciente de que probablemente no volveré a trabajar con él, y salgo del asiento trasero con Fawn en brazos. Espero a que Grim se marche antes de acomodar a mi ángel sobre sus pies. Sin embargo, en cuanto su calor me abandona, me entra el pánico y vuelvo a levantarla inmediatamente. Suelta una risita como respuesta y mi corazón se precipita a la garganta.

—Me muero de ganas de ver dónde vives. — dice, frotando su mejilla en mi pectoral derecho.

Si fuera un poco más egoísta, no vería más que el techo de mi habitación durante el próximo mes. La polla se me pone dura solo de pensar en ella paseando por mi casa, tocando mis cosas, duchándose en mi baño. La lujuria hace estragos en mis sentidos y me pide que la rodee con sus muslos y la estelle contra la alta verja que rodea mi propiedad, pero no. No, no puedo hacer eso. No después de la forma salvaje en que tomé su virginidad. Fawn merece ser calmada, adorada. No brutalizada una y otra vez.

Sotelo, gracias K. Cross

Gracias a nuestra diferencia de tamaño, es fácil maniobrar con su delgada figura mientras saco las llaves del bolsillo y la dejo entrar en mi recinto. Dudo un momento antes de abrir la puerta, no estoy seguro de lo que pensará de mis compañeros. Pero no debería preocuparme. No con Fawn. Por supuesto, cuando ve a los patos que se acercan a nosotros, lanza un grito de alegría.

—Qué bonito comité de bienvenida. — ríe, bajando de mis brazos. Sintiendo una oleada de protección, me doy la vuelta y cierro la puerta rápidamente para evitar que haya intrusos que puedan hacer daño a Fawn o que intenten robármela. Cuando me doy la vuelta, está agachada y haciéndome cosquillas en la parte inferior del pico de mi ánade real. — ¿Él tiene nombre?

Estoy ridiculamente contento de que sepa la diferencia entre los patos macho y hembra. —Es Chester. — Murmuro la segunda parte. —Quackington.

Su risa sorprendida me hace sonreír. Y a ella la hace reflexionar.

Me mira fijamente desde abajo. —Deberías sonreír más.

—No recuerdo la última vez que lo hice. — respondo con sinceridad, con el pulso dando vueltas en mis venas. ¿Cómo es que esta chica está en mi casa? ¿Cómo puede soportar mirarme? No quiero cuestionar estas cosas. Solo quiero disfrutar del momento. Pero es jodidamente difícil cuando somos el epítome de la bella y la bestia. — Debería decirte... — Ya estoy enamorado de ti. —Hay muchos más animales aquí. De hecho, me sorprende que Dave no se haya unido a nosotros todavía... — Me interrumpo bruscamente cuando mi mono aullador salta del árbol que hay encima y se posa en mi hombro. — Hablando del diablo.

Dave se sube a mi cabeza, gesticulando y graznando a Fawn, como si pidiera una presentación. Antes de que pueda hacer una, se acerca con una sonrisa. —Hola Dave. — Brevemente, su atención cae en el vendaje de su pierna. — ¿Se está curando de algo?

—El cocodrilo casi lo mata. — El recuerdo de Dave luchando por liberarse del depredador aparece en mi mente y me trago el nudo en la garganta. —Llegué justo a tiempo.

—Lo has salvado. — Fawn se desliza hacia delante y me besa en el centro del pecho, donde mi corazón se desboca. —También me salvaste. Por eso sé que eres un buen hombre.

Por mucho que quiera dejar que crea eso de mí, sacudo la cabeza en señal de negación. —Hacer algunas cosas buenas no borra todo lo malo que he hecho, Fawn. Todo lo malo que hago.

—No. Déjalo en pasado.

Un gruñido se acumula en mi pecho. Quiero hacer cualquier cosa que me pida. Quiero poner el mundo a sus pies, pero no sé cómo. —Solo sirvo para una cosa, Fawn. El curso de mi vida se fijó cuando nací así de grande, con el aspecto que tengo. Mi propia madre... — digo entrecortadamente. —Ella lo sabía. Mi jefe lo sabía, me contrató en el acto, como si fuera un hecho que hiciera daño a la gente.

Fawn mira a su alrededor. A los peces del estanque: los traje aquí cuando su casa se estaba secando. Su mirada baila sobre el setter irlandés cojo que encontré a un lado de la carretera. Por suerte, ha recuperado algo de peso desde entonces. Sus ojos me encuentran de nuevo. —Por cada persona que has herido, apuesto a que has salvado a un animal. Ahora todo lo que tenemos que hacer es cambiar la balanza. Más bien que mal. — Suelta otra de esas dulces risitas mientras Dave se sube de mi hombro al suyo, con sus pequeños dedos peinando su pelo. Un momento después, Fawn se tranquiliza y me mira significativamente. —Nuestras almas se están uniendo. — susurra. — ¿No es así?

—Sí. — respondo sin dudar, sacudido hasta la médula por la forma en que ella llega a mi interior y lo reorganiza todo. Mis intenciones, mis órganos, tal vez incluso mi creencia en mí mismo.

— ¿No quieres que la tuya esté limpia antes de unirse a la mía?

—Sí. — vuelvo a decir, más desgarrado que antes. Estoy listo para caer de rodillas frente a ella. Listo para matarme dándole a este ángel lo que me pida. Qué privilegio que me haya elegido para atender sus necesidades. Comida, refugio, placer. Pasaré cada momento de mi vida asegurándome de que tenga esas necesidades.

—Entonces dime que vas a dejar de trabajar para este hombre malo. Frank. — Su labio inferior tiembla, haciéndome emitir un sonido ronco. —Prométemelo.

Solo hay una opción. Tiene razón. No puedo acercar mi alma ennegrecida a su alma pura. La única forma de salvación -también conocida como la felicidad de Fawn- es ser un hombre mejor. El tipo de hombre que es digno de un regalo como ella. —Lo prometo, ángel. He terminado.

Su sonrisa es como el sol que sale de detrás de una nube de tormenta. Es un milagro.

He hecho lo correcto. Lo único. Y sinceramente, es un alivio. Nunca he querido la violencia. Nunca me he sentido bien, ni por un solo segundo. Ahora sé por qué. Estaba esperando a Fawn y no me estaba comportando de forma digna.

Sin embargo, ahora lo haré. A partir de este momento, trabajaré para ser el mejor hombre que pueda ser.

Por ella.

Dave baja del hombro de Fawn al suelo para seguir a los patos, deteniéndose para saludarla antes de desaparecer entre los árboles que recorren el perímetro de mi recinto. Ella salta hacia mí, con esas bonitas tetas rebotando en su escote. Y salta, rodeando mis caderas con sus piernas, mis manos ahuecando y apretando su culo, impulsándola más alto mientras se ríe, jugando con mi pelo, moviendo sus caderas tentadoramente. Se me pone tan dura que es un milagro que me abstenga de follarla donde estamos. Maldita sea, ¿es esta mi vida ahora? ¿Cómo voy a soportar la perfección de ella? ¿De ella?

—Te necesito dentro de mí otra vez. — susurra contra mis labios, sus talones clavándose en mi culo. —Mil veces no será suficiente.

El volumen de mi gemido hace que una bandada de pájaros chille desde el árbol de arriba. Estoy a punto de tirar de sus bragas hacia la izquierda y plantar mi polla en su coño dolorosamente apretado, pero oigo el gruñido de su estómago y mi visión casi se vuelve negra. —Tienes hambre.

Sotelo, gracias K. Cross

—Tengo más hambre de ti. — dice, arrastrando su lengua por la costura de mi boca. —Quiero ver tu cama. Quiero que la rompas tomándome tan fuerte.

Una hembra más cachonda nunca ha pisado la tierra. Gracias, Dios. Gracias a ti.

Sin embargo...

—Necesito alimentarte primero, bebé. — En contradicción directa con mis palabras, mis manos moldean las tensas mejillas de su culo. —No podré concentrarme sabiendo que tienes el estómago vacío.

Con las mejillas sonrojadas y los ojos fijos en mis labios, asiente de mala gana. —De acuerdo. — Se mira el cuerpo y se sonroja aún más. —Quizás también una ducha.

—Yo mismo limpiaré cada centímetro de ti.

Su sonrisa me hace un nudo en el pecho. — ¿Lo prometes?

—Te lo prometo todo, Fawn.

Capítulo 6

FAWN

La casa de Benny es un lugar mágico.

También es como entrar en el país de los gigantes. Todos sus muebles están hechos a mano y contruidos para acomodar a alguien de su considerable tamaño. Cada rincón de la casa está limpio y organizado, y la cocina no es una excepción. Me lleva a la acogedora sala y me sienta en la encimera, sus manos se resisten a abandonar mi cuerpo. También me resisto. Cuando no me toca, mi pulso parece ralentizarse y tengo mucho más frío.

Creía que sabía lo profundo que era mi enamoramiento de Benny, pero ahora... ahora que ha estado dentro de mí, ahora que nos hemos unido, me doy cuenta de lo ingenua que era. Esto no es un enamoramiento. Es mi alma gemela. Lo supe la primera vez que me topé con él en el bosque. Verlo con los animales, experimentar su preocupación y su cuidado por mí, no ha hecho más que convertir mi fascinación por él en una auténtica obsesión.

Y él la devuelve. Va a renunciar a su violencia por mí. Lo cual es bueno, porque no puedo aceptar nada menos. He vivido con la ira, la hostilidad y la sangre durante tanto tiempo que casi ha aplastado mi espíritu. Si no fuera por mis cuadernos, no sé cómo habría sobrevivido. Ahora no sé cómo sobreviviría sin Benny.

Por favor, no dejes que lo descubra.

Ese hombre -Grim- mencionó que podría haber un problema con el jefe de Benny. Un hombre llamado Frank. Mientras observo a Benny moverse por la cocina, con sus ojos clavados en mí cada pocos segundos, rezo en silencio para que Frank no rompa nuestra recién estrenada paz.

Benny me da de comer un sándwich de pastel de carne que detiene los gruñidos de mi estómago. Me besa las rodillas mientras como, me pasa sus grandes dedos por el pelo. Estoy tan hambrienta

Sotelo, gracias K. Cross

que el sándwich se acaba en un abrir y cerrar de ojos y, con un gruñido de satisfacción, Benny me levanta de la encimera y me lleva a la parte trasera de la casa. Pasamos por su dormitorio y veo su cama. Una cama de cuatro postes del tamaño de un patio trasero, con la parte superior del colchón al menos a metro y medio del suelo.

—Te construiré unas escaleras para la cama. — dice bruscamente, acunándome con fuerza. —O mejor aún, te subiré yo mismo. Si necesitas ir al baño en mitad de la noche, me despertarás y te ayudaré a bajar. Te... llevaré ahí.

—Quizás las escaleras sean una buena idea. No quiero interrumpir tu sueño.

—No. — Su mandíbula se flexiona. —Quiero cuidar de ti. — Su trago es audible. —No sé nada de esto de ser papi, pero... parece que cuidarte es algo que me toca hacer. — Busca mis ojos con esperanza. — ¿No es así?

Sintiéndome extrañamente tímida de repente, asiento. Siempre he sospechado que esas historias en particular estaban en el lado más travieso. El hecho de que Benny no tenga ni siquiera un conocimiento pasajero de esas relaciones no hace más que confirmarlo. — ¿Te gusta que te llame así?

—Sí. — gruñe, dirigiéndonos al baño. —Aunque, podrías llamarme idiota y me encantaría, Fawn.

Todavía me estoy riendo cuando Benny me pone de pie sobre el frío mármol del suelo del baño. Salivo por la espectacular flexión de los músculos de su espalda cuando se arrodilla junto a la bañera y abre el grifo. Tapa el desagüe y llena la enorme bañera de agua humeante. Luego se levanta de nuevo, vacila frente a mí durante largos instantes, antes de pellizcar el dobladillo de mi vestido entre sus dedos y arrastrarlo hacia arriba, por encima de mi cabeza. Deja caer la prenda al suelo y su respiración empieza a acelerarse, un bulto del tamaño de una calabaza sube rápidamente detrás de su cremallera.

—Eres tan delicada. — dice Benny con brusquedad, trazando mi clavícula con el dedo índice. —Quiero matar a tu padre por encadenarte.

Me inclino para besar su muñeca. —No hay que matar más, ¿recuerdas?

— ¿Qué tal uno más? Se lo merece de verdad.

—No. Ni siquiera uno más. — Levanto la mano y le acaricio las cerdas a los lados de la cara. —Además, ya nos hemos librado de él.

Un destello de algo preocupante baila por las facciones de Benny, amplificando mi preocupación por las consecuencias con Frank, pero no quiero pensar en eso ahora. Hacía tanto tiempo que no me bañaba y, sobre todo, en una bañera tan grande, limpia y de aspecto tan confortable. Esta mañana he estado encerrada en un sótano con las cucarachas y ahora estoy al cuidado de mi gigante. Solo quiero deleitarme con el brillo de mi nueva realidad durante un rato.

Dejando un beso en el centro del pecho de Benny, paso junto a él hasta la bañera, deslizo la pierna por el lateral y hundo mi cuerpo desnudo en la bendita calidez, con los ojos lagrimeando ante la perfección. Me quedo sin huesos, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera. Me siento tan abrumada por la felicidad que me atrapa desprevenida cuando Benny empieza a limpiarme. Con sus enormes manos, me echa agua en el pelo y enjabona los mechones con un champú que huele a él. A madera quemada y especias. Después de enjuagarlo, coge la pastilla de jabón básico y la frota entre las palmas de las manos, mientras observa mi cuerpo a través del agua.

Cuando no me toca con sus manos jabonosas, abro los ojos y lo encuentro con el ceño fruncido.

— ¿Qué pasa?

Gruñe, dejando la pastilla de jabón en el suelo con demasiada fuerza. —Esos cuadernos son importantes para ti. Deberíamos haberlos traído con nosotros.

—En realidad. — Me sonrojo definitivamente hasta la raíz del cabello. —Estaba pensando que podría intentar escribir mis propias historias.

Una ceja masculina se levanta. — ¿Historias sobre sexo?— Observando atentamente su reacción, asiento, mi pulso se acelera felizmente cuando sus labios se mueven. —No solo sexo. Relaciones.

De suspense. Quizá algo de humor. Pero mentiría si dijera que lo que más me entusiasma es escribir las partes íntimas.

—Entonces eso es lo que vas a hacer. — Las manos de Benny se mueven por encima de mí, de arriba abajo, limpiando la capa de suciedad de mi piel, prestando especial atención a mi cuello, los dedos de los pies, el interior de mis muslos. Su tacto no es nada serio, pero no me oculta su lujuria. Incluso desde mi posición en el fondo de la bañera, puedo ver el sudor que empieza a filtrarse a través de su camisa, el botón superior de sus pantalones en una terrible tensión, las venas de su cuello cada vez más pronunciadas. —Así que no solo tengo a la chica más guapa del mundo viviendo en mi casa, sino que además va a escribir libros. — Hace una pausa, mira hacia abajo. — Quiero que hagas grandes cosas, Fawn. Haré todo lo que pueda para ayudar a que se hagan realidad. Pero me preocupa que, con el tiempo, te des cuenta...

Sintiendo la importancia de lo que me está diciendo, me giro y me siento en la bañera. — ¿Qué?

—Te des cuenta de que te has conformado con un ogro. — Se aclara la garganta dolido. —Habrás ido a la escuela si sabes leer y escribir tan bien, ¿verdad?

—Solo hasta que cumplí dieciséis años y mi madre se fue. Después de eso, bueno... mi padre estaba convencido de que me escaparía también, así que me sacó de la escuela. — Sacudo la cabeza, una punzada me atrapa en el esternón. —Lo peor de todo es que... no me retuvo en casa para ser protector. Solo le preocupaba que su reputación se viera dañada dos veces. Un hombre que no puede evitar que sus mujeres se escapen. No es que me amara o algo así.

—Manchó su propia reputación, cariño. Y un hombre que no es capaz de amar a un ángel como tú no es capaz de amar nada en absoluto. Excepto tal vez a sí mismo.

Cuando termina, mi corazón está tan lleno de gratitud que lo único que puedo hacer es parpadear y resoplar. ¿Se da cuenta de lo impactantes que son sus palabras? ¿Se da cuenta de que nunca nadie me ha dicho nada tan amable... y lo ha dicho de verdad? Cuando me hice mayor, los chicos del pantano me hacían cumplidos cuando iba

a la tienda de aparejos o a comprar el pan. Me decían que era bonita, inteligente y dulce, pero no lo decían en serio. Solo querían mi cuerpo.

Con Benny, este hombre que no esconde nada, su sinceridad es tan evidente.

Lo apreciaré hasta el día de mi muerte.

—Tampoco terminé la escuela. Pero diablos, ni siquiera presté atención mientras estuve ahí. Estaba demasiado ocupado defendiéndome de los ataques de otros chicos. Querían demostrar su fuerza. No hay mejor manera de hacerlo que pelearse con el más grande. —Coge una toallita y la sumerge en el agua, arrastrándola lentamente por mis mejillas, detrás de las orejas. —Después de un tiempo, mi madre se cansó de que la llamaran al colegio por las peleas. Nadie me creía que yo no fuera el instigador. Solo tenían que mirarme para ver que estaba hecho para el acoso. —Uno de sus grandes hombros se echa hacia atrás. —Al final mi madre me echó. Me dijo que usara lo que tenía para valerme por mí mismo. Lo que tengo, Fawn, es músculo. Y esta cara de miedo. Te vas a hartar de mirarla y no puedo culparte.

Mi corazón bombea salvajemente en mi garganta.

Las puntas de sus orejas están rojas y no puede mirarme.

—Tengo que decirte algo. —suelto.

Sus ojos se levantan hacia los míos con recelo. Llenos de temor. —Ya está sucediendo, ¿no es así?

—¿Qué? No. —Mi cuerpo se mueve por sí solo, saliendo de la bañera empapada y desnuda, montando a horcajadas sobre el regazo de mi gigante y apretando su cara entre mis manos. —Necesito decirte que... te he visto antes. Muchas veces.

Una línea se forma entre sus cejas. —¿Cuándo?

—En el bosque. —Me avergüenza un poco el hecho de admitir en voz alta un ligero acoso, así que agacho la cabeza y empiezo a desabrochar los botones de su camisa. —Los días en que mi padre estaba de buen humor, o las noches en que se desmayaba sin encadenarme, salía a dar paseos. Largos. Y te veía recoger animales heridos. O liberando a los curados en la naturaleza. Y... y... y...

Sotelo, gracias K. Cross

— ¿Qué pasa, cariño?

—Me enamoré de ti. Te he amado desde lejos desde hace un tiempo y debería habértelo dicho, pero tenía miedo de que te asustaras sabiendo que te espiaba. No podía creerlo cuando entraste en mi sótano...

Benny me impide hablar poniéndome un dedo sobre los labios, su cara es una máscara de incredulidad. —A ver si lo entiendo. Me has estado observando.

Asiento, culpable.

— ¿Y crees que me voy a molestar por eso? — Benny continúa lentamente. — ¿Por el hecho de que tú -un puto ángel- haya estado suspirando por mí?

La confusión nubla mi vergüenza. —No estás molesto.

Se adelanta para capturar mi boca con un duro beso, sus dedos se clavan en mi pelo. —Claro que no, no estoy molesto, Fawn. — dice, juntando nuestras frentes. —También te amo. Te amé desde el momento en que te vi. ¿Pero que tú también me ames? — Su risa es incrédula. — ¿No lo ves? Soy el bastardo más afortunado del planeta.

Se me nubla la vista con las lágrimas. ¡Me ama! —Viéndote salvar a los animales... es como sé que no estás destinado a ser un asesino. — Me acerco más al regazo de Benny, encontrando su bulto con mi sexo y presionando. —No eres más que mi dulce gigante.

Gime a través de sus dientes apretados. —La forma en que quiero follarte no es dulce, pequeña. En absoluto. No sé qué me pasa. Eres tan malditamente frágil. Quiero llevarte en una almohada y golpearte con mi polla al mismo tiempo.

Acabo de conseguir desabrocharle todos los botones. Ahora le quito la camisa de sus hombros increíblemente anchos y musculosos, gimiendo sin pudor ante la obra de arte impagable que estoy revelando. Está cubierto de cicatrices y pelo y me encanta cada centímetro. —Quizá tu cuerpo esté escuchando el mío, papi. — murmuro, rozando su oreja con mi boca. —Y mi cuerpo le está diciendo al tuyo que me encanta que me golpeen.

Sotelo, gracias K. Cross

—Oh, Dios mío. — dice con voz ronca, mirando hacia abajo, donde mi feminidad cabalga su sexo hacia arriba y hacia atrás, hacia arriba y hacia atrás. —No puedo creer que esto sea mi vida.

No está asustado por mis actividades de espionaje. No, me ama. Me ama y todo lo que hago parece excitarlo. Tal vez ambos estemos soñando. Si es así, espero que ninguno de los dos se despierte nunca. — ¿Benny?

—Sí. — jadea, cogiendo mi trasero y ayudándome a montarlo a través de sus pantalones, sus grandes caderas levantándose del suelo involuntariamente. —Dime. Si necesitas algo, lo conseguiré. Cualquier cosa.

Su promesa me deja sin aliento. —Esperaba que pudieras ayudarme a investigar para las historias que quiero escribir. — Me inclino y lo atraigo hacia abajo en un largo, húmedo y sinuoso beso. —No sé lo que es chupar a mi hombre. ¿Puedes enseñarme?

—T-tú... — Un violento escalofrío lo sacude. — ¿Quieres chuparme la polla?

—Sí, por favor. — ronroneo, poniendo un lametazo en su boca. —Por favor.

—Dulce Jesús. — gruñe, metiendo la mano entre nosotros para desabrochar apresuradamente sus pantalones, bajando la cremallera con una mueca de dolor. —Lo chupas tan poco o tanto como quieras. Estoy agradecido por poder olerte, mirarte, bañarte. No espero que esa boca... *oh, joder.*

Mientras hablaba, me he deslizado por su cuerpo y me he apoyado en mis rodillas. Ahora me inclino con el trasero al aire, mis labios a un centímetro de su turgente erección. —Deberías esperarlo. — susurro, pasando la punta de mi lengua alrededor de la cabeza, haciendo que sus piernas se sacudan en el suelo. —Si no me sujetas y haces el amor rudo en mi boca de vez en cuando, ¿cómo podré escribir esa escena en un libro? — Lo lamo a fondo una vez más, y luego uso la lubricación de mi propia saliva para pasar la mitad de su grueso tronco por mis labios. Sus estremecimientos aumentan cuanto más se acerca su bulbosa punta a mi garganta. — ¿No quieres ayudarme?

Sotelo, gracias K. Cross

—Sí. Dios. Sí. — El sudor le cae a los lados de la cara, el pelo del pecho se le llena de sudor. Y cuando envuelvo las dos manos alrededor de su gruesa excitación, acariciándola con cariño, con firmeza, mientras chupo la cabeza, los fuertes gemidos que suelta en el baño son casi ensordecedores. —Clava tus nudillos en mis pelotas, bebé, o me voy a correr.

Eso es algo que nunca he leído en mis cuadernos. Siguiendo arrastrando su eje dentro y fuera de mi boca, cada vez más profundo, dejo caer mis nudillos en su saco y los retuerzo en la dura y suave superficie, viendo cómo su estómago se estremece, el mío haciendo lo mismo. Tener tal control sobre el poderoso cuerpo de este hombre, conocer todos los trucos, es un honor. Y mi carne lo honra mojándose. Tan terriblemente húmeda y preparada. Mis rodillas están inquietas en el suelo de mármol del cuarto de baño, mi barriga en un apretado y ondulante apretón.

—No está ayudando. Esa boquita de niña es demasiado dulce. — No tengo ni un segundo para prepararme antes de encontrarme boca arriba con las rodillas abiertas, la cabeza de Benny entre mis muslos. —También necesitas esto para investigar, ¿no?— Me da un largo lametazo y sus ojos se ponen vidriosos por el sabor. —Puede que tenga que escribir mi propio libro sobre este jugoso melocotón. — Me golpea dos veces, justo encima de mi clitoris, y el zumbido de placer me llega hasta el estómago. —Toda esta humedad no es por el baño. A mi chica cachonda le gusta chupar esta polla grande y fea.

Quiero decirle que es hermosa. Cada pulgada rubicunda y palpitante. Cada vena. Pero ahora me está lamiendo en serio. Las luces y los colores y los sonidos parpadean frente a mis ojos, mareándome. De alguna manera, sé que he sobrevivido a todos los momentos terribles de mi vida para este momento. Para tener la lengua de este hombre lamiendo a través de mis pliegues y puliendo esa esquiva baya con hambre. Un chillido apresurado tiene lugar en mis oídos y me agarro a su cabeza, mis caderas rodando hacia arriba, sin pensarlo, mis gritos de placer rebotando en la pared del baño.

Soy salvaje. Soy salvaje por esto.

Por él.

Sotelo, gracias K. Cross

El orgasmo que me invade es milagroso. Una ascensión a las puertas del cielo. Absorbo el aire, el cuerpo se retuerce, la boca es incapaz de formar palabras o de comprender la magnitud del éxtasis que me invade. Me inmortalizo en ese momento con mi humedad escupiendo por toda su boca. Y entonces me muevo. Estoy frenética.

Benny me deja empujarlo hasta que se sienta y me subo a su regazo a horcajadas, con mi mano derecha guiando su duro sexo hasta mi húmedo agujero y metiéndolo dentro, desesperada por un ancla que solo él puede proporcionar. Un anclaje en la tormenta. Y me hundo con un sonido gutural, cabalgando sobre su rigidez con caderas frenéticas, mis dientes hundiéndose en el lateral de su cuello, las uñas raspando su ancho y peludo pecho, haciéndole gritar mi nombre con voz ronca.

—Papi me ha lamido el coño tan bien. — gimoteo contra su hombro. —Lo quiero todo el tiempo. Por favor. Por favor. Seré una buena chica.

Su pecho se agita debajo de mí, su erección está tan rígida e hinchada que apenas puedo deslizarla fuera de mi carne y volver a hundirla dentro. Estoy prácticamente atrapada. Pero Benny me agarra por las caderas con un apretón de castigo y me ayuda, con sus ojos casi negros de lujuria. —No tienes que ser una buena chica para ganarte esta lengua. Te sirve a ti, nena. Solo a Fawn. — Su gran mano golpea bruscamente mi nalga derecha, haciendo saltar chispas en mi visión. —Será mejor que lo exijas.

Asiento obedientemente y mis caderas aceleran el ritmo. Y cuando encuentro un ángulo en el que su carne de acero roza mi clítoris, voy más rápido, más rápido, con la humedad recorriendo mis muslos, ese revoloteo revelador del alivio que se avecina de nuevo en mi vientre, volviéndome loca. —Lámeme cada día, cada hora. — gimoteo contra su boca. —Dondequiera que estemos, bájame las bragas y lámame.

—Lo siguiente que voy a hacer es meterme en ese culo. — me dice, volviéndome a poner de espaldas y embistiendo más profundamente que nunca, tan profundamente que siento su presencia en todas partes. Me consume. Estoy debajo de mi gigante, resbalando hacia arriba y hacia atrás en el suelo de mármol, su pecho rozando mi piel, mis piernas abiertas por manos insistentes y no

Sotelo, gracias K. Cross

quiero parar nunca. Nunca. —Me voy a correr, pequeña. Todo en ese apretado agujero de mierda. Me has destrozado. Maldita sea.

Cuando se pone rígido encima de mí, gimiendo entrecortadamente, su cuerpo temblando incontroladamente, también encuentro mi paraíso. Jadeo por su intensidad, por cómo el placer me envuelve y aprieta, convirtiendo mis muslos en gelatina, mi feminidad constriñéndose alrededor de él mientras eyacula, descargando dentro de mí en un alboroto interminable y violento. Lo único que puedo hacer es quedarme tumbada y recibir esos últimos y desesperados empujones de su cuerpo en el mío, con las piernas inertes, conquistadas.

Benny solo me ha atraído hacia sus brazos, me ha acunado y ha empezado a mecarme...

Cuando escuchamos un sonido en la casa. Fuera del baño.

Sus músculos se endurecen, los labios se despegan en un gruñido.

— ¿Tal vez sea uno de los animales?— Pregunto, sabiendo de algún modo que no lo es.

Benny se levanta y cruza rápidamente el cuarto de baño hasta la cabina de ducha, dejándome adentro, detrás de una pared parcial de azulejos. —Quédate aquí. No salgas por ningún motivo.

Me besa con fuerza mientras se abrocha los pantalones. Y entonces extiende la mano por encima de mi cabeza, hacia un estante que contiene una pila de toallas dobladas, y saca una pistola.

— ¿Quién está ahí?— Benny ladra, acercándose a la puerta con la pistola en alto, en una postura que no deja lugar a dudas de que está bien versado en llevar un arma. Y a usarla.

—Soy yo, Benny. — responde una voz que no reconozco. —Soy Frank. Parece que tenemos que hablar. De jefe a empleado. Me he tomado la libertad de prepararnos un café.

Los hombros de Benny se endurecen y sus ojos me encuentran en el espejo del baño. Hay miedo ahí. Frank ha estado en la casa el tiempo suficiente para saber que Benny no está solo. Ha oído mi voz.

Sotelo, gracias K. Cross

Ha oído mucho más que eso, en realidad. No tiene sentido esconderme.

—Adelante, trae a la chica contigo. — dice Frank. —Si la tomaste como garantía -lo que va en contra de las reglas, como bien sabes- entonces técnicamente me pertenece. Y, vaya, parece una luchadora. Me la llevaré conmigo. — Se ríe. — ¿Crees que puedo hacer que me llame papi también?

Nunca he visto a un hombre transformarse tan rápidamente.

Mi dulce gigante se convierte en berserker en un abrir y cerrar de ojos. Su expresión es tan violenta que el blanco de sus ojos se vuelve rojo.

Presintiendo que está a punto de romper su promesa, sacudo la cabeza. —No. Benny...

Pero es demasiado tarde. Abre la puerta de una patada y apunta con la pistola, disparando directamente al pecho del hombre que está al otro lado. La explosión resuena en mis oídos, haciéndolos sonar. Me quedo aturdida durante un momento a cámara lenta, viendo cómo la sangre sale del pecho del hombre. Tose y otra salpicadura de sangre pinta su barbilla con una fina niebla, y es entonces cuando se rompe mi trance. Es entonces cuando me envuelvo en una toalla con las manos temblorosas, abro de golpe la ventana del baño, salgo y corro. Lejos de la violencia.

Lejos del hombre cuya vida está tan entrelazada con el asesinato que fui una idiota al pensar que alguna vez realmente podría renunciar de verdad.

Capítulo 7

BENNY

Bajo la pistola y miro fijamente a mi jefe. Se ha tirado al suelo de mi salón y se ha desplomado de lado, agarrándose el pecho, respirando con dificultad. ¿Siento un poco de compasión? No. Cuando afirmó que se llevaría a Fawn con él y... y la tocaría, *tocaría lo que es mío...* firmó su sentencia de muerte.

Así que no, no tengo ningún remordimiento por lo que he hecho.

Lo único que lamento es no haberlo estrangulado con mis propias manos.

Cuanto más tiempo permanece en el suelo, más se reduce mi rabia. La realidad vuelve a ser clara. Acabo de matar a mi jefe. Un hombre poderoso. Y lo he hecho delante de Fawn.

La he sometido a la violencia después de haberle prometido repetidamente que la mantendría alejada de nuestras vidas.

Aun así, esto tiene que ser una excepción, ¿no? Amenazó con alejarla de mí. También tiene los medios para hacerlo. Un centenar de hombres a su disposición. Habría luchado como un animal. Podría haber rechazado a diez hombres, tal vez incluso veinte, pero no puedo estar en todas partes a la vez. Y tampoco soy a prueba de balas. Esto era matar o morir.

Una última muerte en mis manos.

Cometer un asesinato o perder lo mejor de mi vida.

Mi ángel. Mi pobre ángel debe estar aterrorizado.

Lo entenderá, ¿verdad? Entenderá que tenía que hacerlo.

Mi corazón rebota de lado a lado en mi garganta mientras entro a trompicones en el baño. Me abalanzo hacia la ducha, con mi ensordecedor rugido de negación resonando en las paredes. El rojo cubre mi visión. Una fina capa de sudor helado se extiende sobre mi

Sotelo, gracias K. Cross

piel. Al girar, veo la ventana abierta y no me lo pienso dos veces, simplemente empiezo a correr. Paso por delante de mi jefe y salgo por la puerta principal de mi casa, buscando de izquierda a derecha salvajemente. Todo recto.

La única entrada y salida del recinto está cerrada. Y a menos que supiera qué buscar, una ligera ruptura en la vegetación, la pasaría por alto. No hay otra salida. No, a menos que escalara los muros. Pero mi propiedad es grande y densa. Hay muchos lugares para esconderse entre el follaje. El hecho de que se esconda de mí me hace dar vueltas en un círculo mareado y enfermizo. *¿Dónde está ella?*

— *¡Fawn!*

Mi corazón se rompe en mil pedazos ante el silencio que sigue. Por un momento, me pregunto si ella solo estuvo viva en mi imaginación. ¿Cómo si no podría un ser tan perfecta querer estar conmigo? Pero no. No, puedo olerla en mi piel. Las marcas de sus garras aún son visibles en mi pecho. Mi puta cabeza está llena de ella. Cada sonrisa, cada risa, cada palabra que me ha dicho.

—Fawn, por favor. Lo siento. — Doy vueltas alrededor del lado derecho de la casa, buscando en la línea de árboles si la veo. Está asustada. Probablemente está muy asustada y es mi culpa. Debería haberla preparado para el asesinato de mi jefe, aunque fuera brevemente. Debería haberlo manejado de otra manera. Al menos, debería haber cerrado la puerta del baño para que no tuviera que presenciar la muerte de otro hombre. —Bebé, sal. Sabes que no tienes que tener miedo de mí. Moriría un millón de veces antes de dejar que alguien te corte el dedo meñique.

Hay un crujido en los arbustos más adelante y veo un destello azul claro.

Corro en esa dirección y la encuentro acurrucada en el suelo frondoso, con las rodillas recogidas hasta el pecho. Las lágrimas le caen por la cara. Tiembla tanto que le castañetea los dientes. No lleva más que una toalla puesta a toda prisa. La visión casi me hace caer. Alguien podría también rasgar un martillo de garras a través de mis entrañas.

—Fawn...

Sotelo, gracias K. Cross

—Lo sé. — se enjuaga los ojos. —Sé lo que vas a decir. Tenías que matarlo. No tenías otra opción. Pero ni siquiera intentaste razonar con él. Ni siquiera lo intentaste.

—Siento haber roto mi promesa contigo. Nunca debí haberla hecho en primer lugar, sabiendo de lo que es capaz Frank. Debería haber sabido que te querría para él. — Clavo la boca de la pistola en mi sien, la posesividad me atraviesa como una espada recién afilada. — ¡Todos los hombres de este puto mundo te van a querer para sí mismos!

—Y tú querrás matarlos a todos. — olfatea, sacude la cabeza con tristeza. —No puedo ver eso una y otra vez.

Tiene razón. No podré controlarme cuando ella esté en juego.

No hay razón ni racionalidad cuando se trata de esta chica.

—Ven aquí. — Mi respiración es agitada. —Deja que te abrace y hablaremos de esto.

Una lágrima rueda por su mejilla, su atención cae en algo en mi mano, y me doy cuenta de que todavía estoy sosteniendo la pistola. Lentamente, dejo el arma a unos metros, para que no tenga que mirarla. Para que no tenga que recordar que soy un monstruo. Pero sigue sin acercarse a mí. Simplemente se acurruca más en la toalla, un ángel roto en la maleza.

Estamos en un impasse sombrío.

Ella no quiere una vida de violencia.

Y yo no puedo prometer que no cometeré un asesinato si otro hombre intenta venir por lo que es mío. Ellos también lo harán. Ella es un faro de luz brillante. Es una bomba sexual. Es hermosa más allá de las palabras. Dulce, inteligente y optimista. Estaría mejor sin mí, pero desafortunadamente, no hay manera de que eso suceda.

—Me volvería loco sin ti. — digo con rudeza. —Me desbocaría por Luisiana hasta que alguien se apiadara de mí y me abatiera. Pero incluso ese corto tiempo... el tiempo que tardara alguien en sacarme de mi miseria... sería demasiado. Pintaría el mundo de negro con mi puto dolor. — Siento los dientes pegados. —No te vas a ir.

Sotelo, gracias K. Cross

—Sí, me voy. — Deja de temblar y levanta la barbilla. —Aunque te ame.

Con un sonido angustioso, me rasgo el pelo. —Fawn, no me hagas atarte. *Por favor.*

Al principio, cuando el color abandona su cara, creo que es por mi amenaza. ¿Por qué no iba a serlo? Acabo de demostrar que soy un loco. Acabo de amenazarla con encarcelarla, igual que cuando la encontré. Y no puedo hacer nada para detenerme. Estoy obsesionado con ella. Estoy fuera de mí. No puedo dejarla salir de aquí, de mi vida, como tampoco puedo predecir el futuro.

Pero mi amenaza no es la razón por la que mi ángel palidece.

Me doy cuenta de ello cuando un arma se amartilla detrás de mí.

—Deberías haberme tomado el pulso, feo bastardo. — me dice Frank.

Mi sangre deja de correr. Todo dentro de mí se queda quieto como la muerte. Esta mañana, antes de saber que Fawn existía, no me habría importado que apretara el gatillo. Bien, habría pensado. *Esta tierra no me necesita de todos modos.* Pero si Frank me dispara y me mata ahora, será libre de llevársela. Pondrá sus malvadas manos en su perfecta piel. Incluso podría formar su propia obsesión. En lo que respecta a Fawn, no estoy seguro de que sea posible hacer otra cosa. Ella es el ser más digno de obsesión del planeta. Y jodidamente me pertenece.

—Manos arriba, Benny, o le enterraré la bala en su lugar.

Mis manos se levantan automáticamente, las visiones de una Fawn herida me marean.

—Puedo ver por qué cometerías un asesinato por ella. Hijo de un arma. ¿No es una cosita impresionante?— Se relame los labios. — Nunca he oído a un hombre aullar así mientras folla. Debe estar más apretada que el infierno. Me propongo averiguarlo.

Mi cuerpo tiembla con creciente ira.

Incredulidad.

Negación.

Sotelo, gracias K. Cross

Si me giro ahora y me abalanzo sobre él, me disparará, pero soy un hijo de puta duro. A menos que me dispare a la cabeza o me dé directamente en el corazón, viviré lo suficiente para acabar con él. Viviré lo suficiente para salvar a Fawn de sus garras. Ella puede vivir en mi casa por el resto de su vida. Estará a salvo aquí, ¿no?

Solo hasta que los compinches de Frank vengan a buscarlo.

Impotente por la rabia, gruño entre dientes, con el cuerpo temblando.

Frank se ríe al ver mi agonía. —Un placer conocerte, Benny Beat Down.

Fawn se lanza de lado y coge mi pistola. Se oye un fuerte sonido de cremallera y luego todo queda en silencio. Al menos hasta que se oye un fuerte golpe detrás de mí y me giro para encontrar a Frank mirando al cielo, esta vez sin un ápice de vida en sus ojos. No, no la habría. No con el agujero de bala en el centro de su frente.

Solo puedo pensar en cuidar a mi ángel.

Lucho contra mi conmoción y camino hacia ella de rodillas, arrancando suavemente el arma de sus fríos dedos y deslizándola entre las hojas. Luego la atraigo hacia mi regazo y hago todo lo posible por calentar su piel helada, frotándola con las palmas de las manos y besándola en todos los lugares que puedo alcanzar. —Oh, Jesús, mi chica no. No mi chica. Nunca te habría pedido que hicieras eso. Odio que hayas tenido que hacer algo tan contrario a lo que eres...

—No. — murmura, sonando más que un poco aturdida. —Ahora lo entiendo. Antes no lo entendía. Pero... cuando amas a alguien, la idea de que le hagan daño es insoportable. No podía dejar que te disparara, y lo habría hecho. Nunca he visto una maldad así. Como él. No podía dejar que se llevara a mi hombre. Ahora lo entiendo. — Se gira en mi regazo y rodea mi cintura con sus piernas, su cuerpo temblando con lágrimas silenciosas. —Lo mataría de nuevo. Por ti. Mi dulce gigante.

—Nunca tendrás que sostener otra pistola en tus manos. — juro fervientemente, aplastándola contra mi pecho. —Nunca más, Fawn.

—Pero lo harás. — Sus ojos son claros cuando se aparta para mirarme. —Nunca he sentido miedo como cuando creí que Frank iba

Sotelo, gracias K. Cross

a llevarme. Fue ingenuo por mi parte creer que los hombres siempre pueden resolver sus diferencias con palabras. Cuando alguien tiene pura maldad en su interior, como la que vi en los ojos de ese hombre... quizá solo haya una forma de detenerlos. — traga saliva. — ¿Hay muchos hombres como él, Benny?

Quiero mentirle. Decirle que el mundo es un lugar mágico. Que merece vivir en una utopía llena de sol y confort. Pero nunca le diré otra mentira. No volveré a faltar a mi palabra mientras viva. —Sí, hay muchos hombres malos ahí fuera, bebé.

La toalla se suelta y se hunde. Se acerca más a mi regazo, parpadeando con sus grandes y preciosos ojos. —No dejes que me atrapen, papi.

—No lo haré. — prometo ardientemente, aspirando su fragancia. —Reforzaré las puertas. Las haré tres metros más altas. *Nadie volverá a acercarse a ti.*

Su cálido aliento sube por mi garganta y mi polla se endurece. Ahora no es el momento de excitarse. Soy un cabrón por jadear tras su coño cuando aún está alterada. Pero Dios, quiero sentirla a mi alrededor. Asegurarme de que este milagro está ocurriendo y que puedo quedarme con ella, a pesar de lo que he hecho. A pesar de lo que soy.

—Bien. — susurra, bajando la mano para desabrochar mis pantalones. Un momento después, mueve las caderas y me introduce en su coño caliente y húmedo, y grito como un puto animal, sacudido por la intensidad de mi pasión por ella. Mi ángel. —No eres un asesino, ¿verdad? Eres un guardián. Un héroe. Haces daño a los que se lo merecen y cuidas a los que no. Como yo, como tus animales. Quizá la violencia esté bien si es por una causa justa.

No puedo hablar. Solo puedo jadear en su cuello y asentir.

—Sé violento conmigo. — respira, flexionando sus paredes interiores a mi alrededor, meciendo sus caderas. —Y cuando me hayas llenado, vamos a pensar en cómo convertirte en el nuevo jefe... — Su lengua recorre mi mandíbula. —Porque eso es lo que estás destinado a ser.

Epílogo

FAWN

Cinco años después...

Pesada es la cabeza que lleva la corona.

Mi esposo entra por la puerta principal de nuestra casa. Antes de que me vea, hay unos segundos en los que noto la tensión que se refleja en su boca. Pero se desvanece cuando nos miramos. Cuando me ve sentada en el borde de la mesa del comedor con una de sus camisas, la prenda blanca colgando de uno de mis hombros.

Como siempre, se detiene en seco.

Me mira jugar con un mechón de mi pelo, haciéndolo girar alrededor de mi dedo.

—Maldita sea. — dice en voz baja, con el amor que irradian sus ojos conmovedores. —Haces que todo valga la pena, Fawn.

— ¿Qué es todo?— Le pregunto. — ¿Has tenido un día duro?

Benny asiente una vez, se ajusta la creciente protuberancia detrás de su bragueta. —Como dije, los días difíciles valen la pena cada maldito segundo cuando llego a casa contigo. — Brevemente, mira a mi lado. — ¿Están los niños dormidos?

—Ajá.

Con una exhalación inestable, camina hacia mí y me tomo un momento para maravillarme con mi gigantesco marido. Sus poderosos muslos, tan gruesos y robustos. Esos puños carnosos y ese pecho kilométrico. Su rostro hambriento.

¿Estaba este hombre destinado a ser algo más que un jefe?

Dios, no.

Ha habido dos momentos en mi vida en los que el camino frente a mí se volvió claro como el cristal. Uno: la primera vez que vi a Benny

Sotelo, gracias K. Cross

en el bosque, supe que lo amaría para siempre. Y dos: cuando ese hombre, Frank, apuntó con una pistola a la espalda de mi amor, supe que no quería volver a sentirme tan indefensa. Jamás. En ese momento, se hizo tan evidente que había estado a merced de otros toda mi vida. En cierto modo, también lo había estado Benny. Siguiendo órdenes. Ir a donde le pedían y recoger el dinero que al final llenaba el bolsillo de otro hombre.

Hace cinco años, temblando en esa toalla en el suelo de nuestro recinto, decidí que íbamos a ser nosotros quienes dieran las órdenes. Si íbamos a vivir en este mundo lleno de hombres corruptos y de gente que araña para sobrevivir, teníamos que estar en la cima. No solo por nosotros, sino por nuestros futuros hijos. No más tener nuestros destinos decididos por hombres malvados con armas. O por hombres borrachos con mal genio. O incluso por madres desalmadas que echaran a su hijo a la calle o abandonaran a su hija.

Ya nos han traicionado bastante.

Ahora nuestros muros son demasiado altos para escalarlos. Cualquiera menos el uno por el otro, por supuesto.

No hay una sola barrera entre Benny y yo.

No, esas han sido derribadas desde el primer día. Derribadas con amor.

Con una obsesión que solo ha crecido con el tiempo.

Benny se detiene frente a mí y mete la mano en la chaqueta de su traje, sacando un sobre lleno de dinero y arrojándolo a la mesa junto a mí. —Puede que haya sido un día duro, pero al menos tengo algo que mostrar. — dice bruscamente, quitándose la chaqueta y dejándola caer al suelo. —Tengo ganas de mimar a mi niña esta noche. Pero no con dinero.

Antes de que me dé cuenta de sus acciones, sus manos se deslizan por debajo de mis rodillas y me tira de la mesa. Me sube y quita la camiseta prestada por la cabeza. La arroja a un lado.

Y luego me empuja boca abajo sobre la mesa.

Me dan una fuerte bofetada en el culo, lo que provoca un gemido en mi boca.

Sotelo, gracias K. Cross

Contemplando la madera pulida de la mesa del comedor, la excitación que no se puede expresar aumenta en mi interior. Siempre es así. Desesperación a flor de piel. Cada vez que me pone las manos encima, la excitación es mayor.

Esto es lo que pasa.

Dicen que detrás de todo hombre poderoso hay una mujer fuerte, y nosotros no somos una excepción.

Hace cinco años, dejamos el cuerpo sin vida de Frank en su escondite con una nota metida en la boca, haciendo saber a todos que Benny estaba al mando ahora. Y al día siguiente, era simplemente la verdad. Había derribado al rey. Había un nuevo alfa en la ciudad. Ahora él gobierna nuestra parroquia, y ocasionalmente le susurro sabiduría al oído. La diferencia entre nosotros y Frank es que nosotros tenemos un código. Un método. Cuando un préstamo vence, le damos a nuestra posible víctima las herramientas para pagarnos. Les aseguramos un trabajo. Una salida.

Algunos lo aceptan, otros no.

Pero el enfoque misericordioso de Benny lo ha convertido en un dios en estas partes.

Y eso me convierte en su diosa. O su ángel, como me llama con tanta reverencia.

Ahora, la hebilla de su cinturón suena detrás de mí y gruñe, golpeando mi trasero hinchado con su eje de acero varias veces, nuestra respiración ya es superficial.

—Llevo todo el puto día soñando con este culo. — gime, pellizcando los lados de mi tanga entre sus dedos y tirando de él hasta mis rodillas. —También lo sabías, ¿no? Tomaste uno de esos baños de lavanda sabiendo que me lo comería entero. — Hay un golpe familiar cuando sus rodillas golpean el suelo. Un torrente de humedad tiene lugar entre mis muslos cuando separa las mejillas de mi trasero y empieza a lamer mi entrada trasera. Me hace el amor en ese pliegue, arrastrando la parte plana de su lengua hacia arriba y hacia abajo, sacudiéndolo con la yema del pulgar. Lo besa con cariño.

Levanto las caderas para que pueda ver cómo hundo dos dedos en mi sexo.

Sotelo, gracias K. Cross

Metiendo y sacando los dedos para su disfrute y el mío.

—Me encanta cómo me lames, papi. — gimo, metiendo los dedos hasta el fondo. —Me encanta cómo me preparas.

—Para follar. Sí, Dios, para follar. — Otra fuerte palmada en mi trasero. —No sé cómo salgo de casa todos los días. No sé cómo dejo este apretado coño y culo ni un segundo. — Gruñe en otro áspero lametón en el centro de mi trasero. —Dime que escribiste todo el día sobre mi polla. Dime que escribiste sobre los chorros en mi regazo.

—Lo hice. — jadeo, mis labios se curvan en una sonrisa traviesa, pensando en el manuscrito que acabo de enviar a mi editor. —No habría podido hacerlo sin toda la investigación que hicimos.

—Encantado de ayudar. — gruñe, empujando un cuidadoso dedo en la brecha entre mis mejillas, haciendo que mi boca se abra con un gemido de su nombre. Mis propios dedos entran y salen de mi carne, llevando la humedad a mi clítoris y frotando, frotando. — ¿Qué tan cerca estás?

Cuando todo lo que puedo hacer es balbucear en respuesta, Benny aparta mis dedos, sustituyéndolos por los suyos en una rápida invasión de mi feminidad. Luego utiliza su mano libre para empujar lenta, lentamente en mi entrada trasera, su aliento aserrando dentro y fuera de su garganta. Con cada centímetro que pone dentro de mí, me muerdo más fuerte el labio inferior hasta que pruebo la sangre.

Pero no de dolor.

De placer.

No hay nada que me apetezca más que ser totalmente reclamada por mi papi.

Y lo hace ahora. Me penetra como una bestia del pantano, gruñendo y maldiciendo vilmente, con sus testículos golpeando mis nalgas con cada bombeo. Nos poseemos mutuamente. Nos aseguramos de que el otro lo sepa también. Benny me rodea la garganta con una mano, apretando, y yo aprieto mis músculos alrededor de él, haciéndole gritar por Jesús. Me folla con tal violencia que nuestra mesa choca contra el mueble de la vajilla, haciéndola sonar con fuerza. Lo suficientemente fuerte como para despertar a

Sotelo, gracias K. Cross

nuestra hija y a nuestro hijo, si Benny no hubiera tenido la precaución de insonorizar los dormitorios.

Finalmente, sus dedos romos se cubren de mi placer y se paraliza, derrumbándose sobre mí con un grito. Mientras me llena por primera vez esta noche.

Pero no la última.

—Mi amor. — susurro mientras me lleva arriba.

—Mi ángel. — susurra. —El amor de mi vida.

Me coloca en el centro de la cama y se echa encima de mí, con su boca moviéndose sobre la mía con avidez. —Me has dado un reino. — Me empuja con un escalofrío. —Y aquí está mi razón para gobernarlo.

Me agarro a su culo con las manos y lo empujo hasta el fondo. Tan profundo. — Entonces gobiérname. — ronroneo, nuestros ojos se cierran y traicionan una gran cantidad de emociones. — Gobiérname ahora y siempre.

Fin...



Sotelo, gracias K. Cross